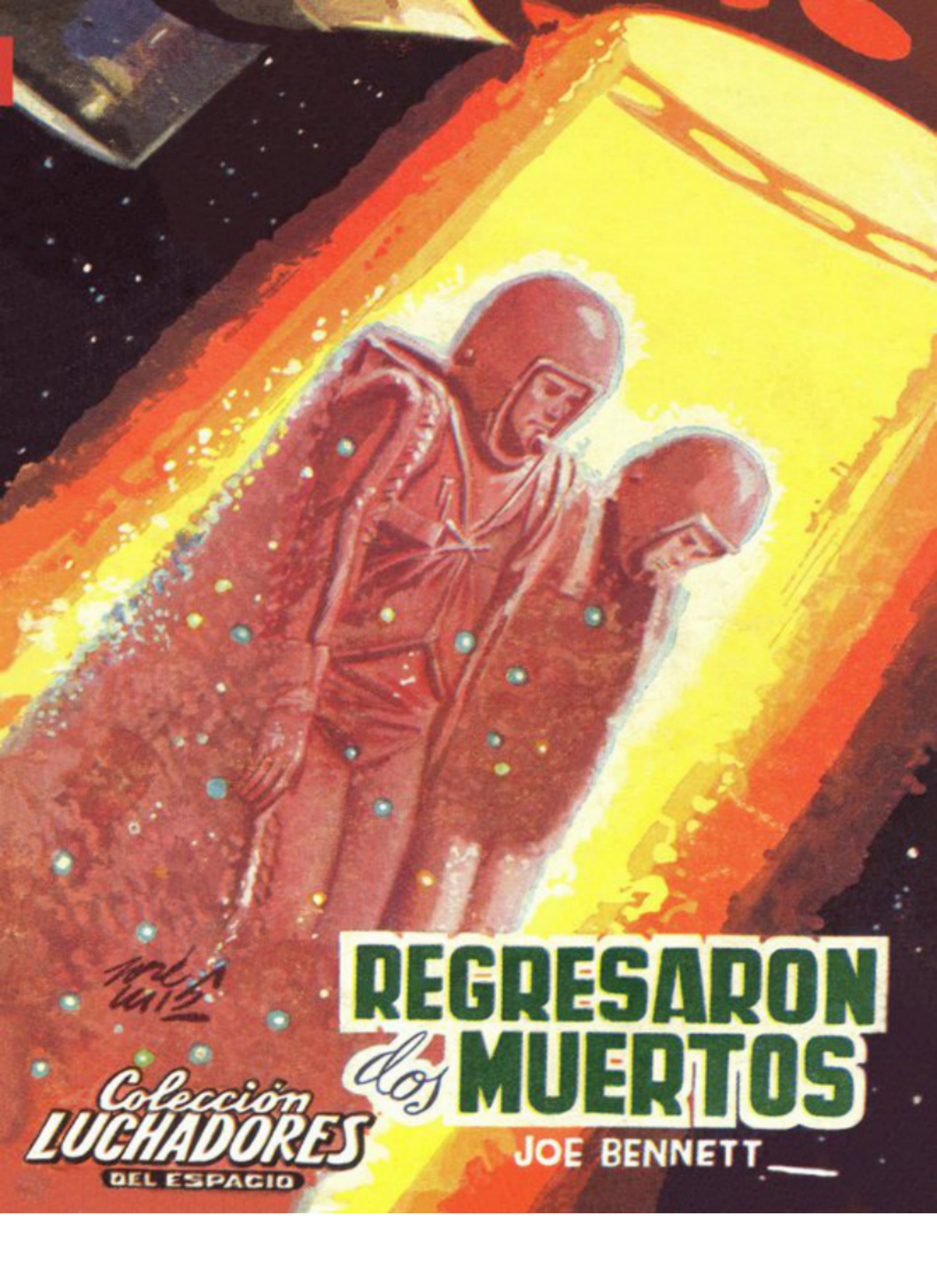

REGRESARON
dos MUERTOS
JOE BENNETT
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Table of Contents

Annotation

Podría empezar este relato hablando de mí. Nadie me lo impediría y, por otra parte, yo tuve una participación bastante destacada en los acontecimientos. Pero no voy a hacerlo.

Quiero, ante todo, decirles algo sobre el doctor Gerhard von Boutcher, ese hombre realmente sabio al que debemos el descubrimiento del isotocom, el carburante para cohetes capaz de revolucionar la trepidante Era Interplanetaria que ahora vivimos.

Regresaron dos muertos

Joe Bennett

Regresaron dos muertos

Luchadores del Espacio, 159


JOE BENNETT
REGRESARON DOS MUERTOS
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

PRINTED IN SPAIN

DEP. LEGAL V. 398.—1960.

EDITORIAL VALENCIANA.—VALENCIA

Núm. de Registro: 6.530.—1959.

CAPÍTULO I


Regresaron dos muertos
JOE BENNETT

CAPÍTULO I

BETTY Y YO

Podría empezar este relato hablando de mí. Nadie me lo impediría y, por otra parte, yo tuve una participación bastante destacada en los acontecimientos. Pero no voy a hacerlo.

Quiero, ante todo, decirles algo sobre el doctor Gerhard von Boutcher, ese hombre realmente sabio al que debemos el descubrimiento del *isotocom*, el carburante para cohetes capaz de revolucionar la trepidante Era Interplanetaria que ahora vivimos.

Recuerdo que no me pareció nada notable la primera vez que le vi. Como individuo, acaso debido a su afabilidad y modestia, pasaría desapercibido mezclado con un simple grupo de seis u ocho personas. Pequeño, medio calvo y tímido, representa un tipo de germánico totalmente opuesto al rojizo y corpulento ejemplar que estamos habituados a conocer. Hasta dudo de que le gusten las salchichas bañadas con largos tragos de cerveza negra.

Su fuerza, y su grandeza, están ocultas entre las óseas paredes del cráneo: En el cerebro.

De origen alemán, hombre estudioso por naturaleza y convicción, el doctor Gerhard von Boutcher llegó a Estados Unidos un par de meses después de que Peenemunde quedase destruido por los bombardeos aéreos. De todos es sabido el trabajo que los científicos alemanes llevaban a cabo en Peenemunde. Gerhard von Boutcher era allí un anónimo ayudante de cierto experto en cohetería. Según opinión propia solo había visto dos veces una V-l... y todavía en su estado más primario.

Naturalmente, no estaba en Peenemunde cuando el último *raid*. Navegaba ya camino de Brasil a bordo de un mercante argentino bajo pasaporte falso, alegando unos motivos igualmente falsos y asegurando que en Sao Paulo le esperaban unos parientes ricos más falsos aún que el resto de su historia.

Los parientes ricos eran cuatro agentes del Servicio de Inteligencia estadounidense, que le recibieron apenas descender la escala del barco, se ocuparon de ponerle en contacto con un quinto miembro del Servicio y le protegieron con el cuidado de amorosas madres hasta que el tetramotor de la PANAIR DO BRASIL tomó tierra en La Habana, Cuba.

Desde el aeródromo fueron directamente a la embajada. Al día siguiente, de la embajada volvieron al aeródromo en coche cerrado y ocuparon los asientos reservados en otro aparato de CUBANA DE

AVIACIÓN, que despegó a las diez de la mañana y aterrizó, horas más tarde, en el aeropuerto internacional de Nueva York.

Desde el momento que Gerhard von Boutcher llegó a la ciudad de los rascacielos, su pista se perdió para el resto del mundo igual que una raya de tiza queda borrada al pasar un trapo húmedo por la pizarra.

Yo entré a formar parte de la NUCLEAR ENERGY BOARD[1] y volví a saber de él algún tiempo después, cuando la guerra en Europa y el Pacífico sólo era un recuerdo, todavía latente, pero que había perdido la candente actualidad de antaño.

Por entonces, von Boutcher había terminado con éxito sus estudios y trabajaba en calidad de físico nuclear en la primera planta atómica de Oak Ridge. Se hablaba de él en términos encomiásticos por la labor desarrollada en Savannah River, el centro experimental donde rompió sus iniciales armas en el oficio.

En Savannah River, los norteamericanos empezábamos a obtener los primeros decilitros de óxido de deuterio, o, dicho más vulgarmente, *agua pesada*.

Estuvo en Oak Ridge medio año. Al parecer, lo reclamaban de Los Álamos. Allí fue. Dieciocho meses más tarde, de forma meteórica y a la vez claramente delatora, pasó a Brookhaven. De Brookhaven, señalando su camino las nuevas tendencias hacia la conquista del espacio, saltó a la Base de Cohetes de Franchman's Flats y, por último, se detuvo en White Sands[2].

Oí decir —no de forma muy concreta— que buscaba un combustible capaz de superar a la hidracina, al oxígeno líquido y al alcohol metílico. Un combustible cuyo poder de empuje bastase para llevar una nave a las estrellas sin necesidad de etapas o secciones impulsoras.

Tomé el rumor con sonrisas y no recordé que existía el tal doctor von Boutcher hasta que cierta mañana, a raíz de un lanzamiento afortunado en la Base de Investigaciones Edwards, en pleno desierto californiano, salió a relucir su nombre.

Entonces, a renglón seguido, fui informado por la Junta de que el ex alemán Gerhard von Boutcher —hoy nacionalizado y súbdito destacado del Tío Sam— se proponía emplear su combustible en el disparo de una nave *con tripulantes* que acontecería en las llanuras de Utah, concretamente en la Base Aérea de Wendower. Yo había sido designado *observador oficial*, o testigo ocular, del proyecto.

La carrera de von Boutcher llegaba a la cúspide. Era, efectivamente, el inventor de un carburante isotópico, obtenido con mezclas de fórmulas secretas e isótopos radiactivos, al que se designaba *isotocom* y su nombre clave científico era R-66.

Hasta aquí es cuanto puedo decirles sobre el doctor que iba a

revalidar su fama, o hundirla para siempre, en la pista de lanzamiento de Wendower Camp.

Naturalmente, presencié el lanzamiento. Fue algo así como una exhibición inolvidable de exactitud matemática y superpotencia atómica. El cohete, tripulado por dos espaciopilotos que, en cierto modo, iban a oficiar de voluntarios cobayos, se elevó hasta el cielo plomizo de Utah dejando tras su cola una larga estela sódicohidratada.

La llama de fuego blanco que escapaba por sus toberas se perdió en el infinito unos diez segundos después, cuando todavía batían los ecos de la explosión a lo largo y ancho del Campo.

También quiero decirles algo sobre los tripulantes. Uno de ellos era Jo Sylvester, capitán y piloto de pruebas. El otro, de igual graduación y especialidad, se llamaba Albert Sutton. De Albert puedo explicar dos cosas: Es uno de mis mejores amigos y, también, un peligroso rival… ya que ambos nos hemos enamorado de la misma mujer.

Ella, un diablillo que acostumbra a meter la bonita nariz en cualquier asunto que huela a noticia, es Betty Gunn. Quizá han oído o leído su nombre.

Escribe para un importante editor periodístico y sus artículos aparecen en una cadena de diarios que circulan desde las costas del Pacífico al pie de Bedloe's Island[3], los cuales cuentan con millones de lectores fijos. Hasta el momento, Betty no se preocupaba de despejar la incógnita de la elección. Lo cual, lejos de apaciguarnos, nos enardecía más.

Pero, en realidad, mi informe sería muy breve si persiguiese la finalidad de relatarles los laureles cosechados por Gerhard von Boutcher, la rivalidad amorosa de Albert o mi encendida pasión por Betty Gunn.

No. No se trata de eso.

El cohete subió hasta cerca de mil kilómetros, es decir, más allá de la frontera que marca el Espacio cósmico. Luego, terminada su trayectoria ascendente, inclinó el *cono* frontal y, tal como estaba previsto, volvió a la Exosfera, atravesó la Ionosfera, conectó la refrigeración total para evitar el peligroso fundido por fricción en plena Estratosfera, surcó las capas bajas de la Troposfera y, finalmente, cayó a 208 kilómetros de la Base Wendower… donde acudieron los expertos para rescatar el ingenio espacial y a sus tripulantes.

A partir de ahí empieza mi historia. O, para serles franco, daré principio al relato desde el momento que Betty Gunn —la maravillosa y esquiva Betty— me abordó materialmente en mi habitación del Hotel Small, un lugar que correspondía, por las dimensiones, a su designación[4].

Media hora antes habíanme comunicado por teléfono que el *Gild* —me refiero al cohete, por supuesto— tomó tierra sin novedad. Hablé con el propio Gerhard von Boutcher, cuya emoción apenas le dejaba articular palabra.

Su llamada me interrumpió a poco de iniciado el desayuno.

—Voy para allá… —dije.

—No es necesario, señor Miller —atajó—. Continúe desayunando, por favor. Hasta ahora todo… todo se desarrolla sin el menor contratiempo… y considero una molestia inútil que se desplace al desierto. Todavía tardaremos algún tiempo en regresar a la Base, porque están colocando el cohete sobre los trenes móviles. Le esperamos allí… dentro de un par de horas. Nosotros iremos por delante, en helicóptero. Proyectaremos la película cinematográfica para presenciar el ascenso con todo detalle. ¡Será emocionante de veras!

—¿Y el capitán Sutton? —indagué—. Bueno… Los dos tripulantes, claro. ¿Qué tal se encuentran?

—Un poco anonadados. Padecen un pequeño shock que pronto cesará. No tienen nada roto, si es eso lo que a usted le preocupa.

—¿Entonces…?

—Siga desayunando, se lo ruego —insistió—. El motivo de llamarle es solo para calmar su lógica impaciencia. Todos estamos algo… algo nerviosos. ¡Pero mi combustible es un éxito, señor Miller! A partir de ahora, las naves interplanetarias emplearán *isotocom*, sin excepción. Resultará más económico y considerablemente más eficaz, también. Hasta luego.

—Muy bien —asentí, comprendiendo que mi presencia en la zona de aterrizaje no resultaba imprescindible—. Dentro de dos horas le estrecharé la mano, doctor von Boutcher. Resérveme una buena butaca para presenciar la excitante sesión.

Colgamos. Yo di fin al desayuno, que por cierto era abundante, y sonreí pensando en la satisfacción del científico. Se lo merecía, porque luchó de firme desde que llegó a Estados Unidos procedente de Cuba.

Mi informe lo recibirían con gran contento en la NUCLEAR ENERGY BOARD. Con él, y quizá un par de días adicionales de estancia cerca de la Base Wendower, terminaría prácticamente mi trabajo. Desde luego, estaba equivocado. Tardé solo las dos horas que restaban para la cita en saberlo.

Me hallaba ante el espejo, dándole vueltas a la corbata para hacer el nudo, cuando el timbre del teléfono repiqueteó de nuevo. Alargué una mano y lo alcé de su horquilla.

—Diga.

—Tiene usted visita, señor Miller —me anunciaron de Conserjería —. ¿Puede recibirla?

—¿Quién es? ¿No dijo su nombre?

—La señorita Gunn.

—¡Ah!

Aquello era una sorpresa y supongo que mi exclamación convenció al hombre que hablaba desde el otro extremo del hilo. Yo había dejado a Betty en Springfield, Illinois, posiblemente sentada ante su máquina de escribir, redactando alguno de sus explosivos artículos. Ella, naturalmente y por razón de su trabajo, recorría con frecuencia el país. Pero yo nunca hubiese esperado tenerla tan cerca de mí. ¡En el propio Estado de Utah!

—Bien —autoricé—. Dígale que suba.

—Ya lo hizo, señor Miller. Le he avisado por si usted cree conveniente…

Antes de que terminara su explicación, unos nudillos golpearon la puerta de entrada, advirtiéndome que Betty esperaba en el pasillo. Muy propio de ella.

A veces —en el supuesto de que llegásemos a casarnos— he pensado la clase de vida que me aguardaría en unión de una mujer tan dinámica y audaz. Siempre he desechado la prevención como un mal prematuro. Además, Betty es capaz de borrar cualquier temor con su sola y extraordinaria presencia.

—Gracias. No importa —dije antes de colgar.

Con el nudo de la corbata a medio hacer, tratando de dotar a mi rostro de toda la severidad posible —aunque íntimamente alegre por la inesperada aparición de Betty-fui a abrirle. Le diría un par de cosas. Entre otras, que su viaje había sido vano si trataba de utilizar mis debilidades sentimentales para obtener un ruidoso éxito informativo de su periódico.

—¡Frank! —exclamó su voz inconfundible.

—¡Betty! ¿Pero… pero cómo has sabido que…?

—¡Oh, Frank! ¡Qué casualidad más afortunada!

—*Casualidad*, ¿eh? Olvida por un momento tu bien aprendido papel de periodista rompebarreras. No creo que este asunto sea cosa del azar. Anda, pasa. Y responde a esta pregunta: ¿Qué demonios haces en Utah?

—Bonito cuarto —sonrió, dejando encima del sillón más próximo su pálido abrigo de entretiempo—. Temo que tendrás que dormir encogido. Eres demasiado grande, querido.

—En otra ocasión, procuraré escoger un hotel a mi medida.

—¿Cómo te las arreglas?

—Muy sencillo. Pongo la cabeza en la cama y los pies sobre el borde del lavabo. Lo demás, es cuestión de práctica.

Volvió a reír —su risa encantadora y hechicera— al tiempo que observaba el reducido departamento del Hotel Small.

—Mi pregunta se ha perdido en el aire —recordé.

—¿Qué pregunta?

—Sé que no la has olvidado; pero estoy dispuesto a repetirla. Te decía que…

—Pasaba por la puerta y… —me guiñó uno de sus maravillosos párpados orlados por largas y curvas pestañas—. ¡Zas! Entré a saludarte.

—Claro. Todo sencillísimo. Saliste a dar una vuelta por Springfield y… ¡zas! Pura coincidencia. ¡De Illinois a Utah en un suspiro!

—Creo que no te ha gustado lo de zas.

—Ni pizca. Como tampoco me gustan los subterfugios. Hablemos cara a cara. Dime la verdad, Betty.

Terminada la inspección ocular —sin duda en busca de algo digno de interés relacionado con mi cometido— se volvió a mirarme.

—No es fácil hablar cara a cara —ironizó—. Ese nudo tan torcido basta para volver bizco a cualquiera.

—Empezaba a vestirme cuando un huracán con faldas llamado Betty Gunn irrumpió en mi habitación…

—¡Qué comparación más encantadora, Frank! Es de lo más gráfico que me han llamado últimamente. Dobla un poco las rodillas… y desciende a mi altura, por favor. Creo que debo terminar lo que tú has empezado tan… detestablemente.

Obedecí. Ella tomó la corbata por su cuenta, siempre risueña y deliciosa. Esta es Betty Gunn, y supongo que seguirá siéndolo mientras viva.

Mis buenos deseos de severidad e imposición empezaban a esfumarse como una columna de humo aventada por el aire rápido de las cumbres heladas. Tuve tiempo de contemplarla a placer, tan próxima e invitadora cual una fruta apetitosa y deseada.

No me atreví a pensar que estaba más bonita que nunca. Betty no se esfuerza en realzar demasiado sus encantos naturales. Al contrario; procura suavizarlos, del mismo modo que la gente mezcla agua con un poderoso licor. Pero creo que seguiría siendo arrebatadora aunque fuese vestida de andrajos.

En ella falla el consabido consejo que algunos estúpidos consideran remedio contra el irreflexivo amor. *Imagínala tuerta, coja y calva como un huevo*. Bien. Hasta imaginándola así, resultaría seductora.

Betty es una morena de tipo latino. Sus cabellos, de tan negros y lustrosos, azulean. He visto sus reflejos bajo la luz del sol y de la luna. Un espectáculo sencillamente turbador. Sus ojos, por contraste, son azules.

Si fuese poeta, diría algo verdaderamente hermoso sobre ellos.

Así, solo añadiré que tan grandes y expresivos producen vértigo. Y sus labios… ¡Oh, sus labios! Supongan una fresa roja y húmeda, jugosísima, dibujada en forma de corazón. Siempre que miro su boca siento unos irresistibles deseos de…

—¿En qué piensas? —preguntó ella—. Estás muy callado.

—Mmm…

—No es mucho —comentó, admirándose por la explicación.

—¿Y la corbata?

—Lista. Puedes elevarte de nuevo hasta el techo, gigante Frank.

—Gracias, pitusa.

No es que sea pequeña, claro. Su figura muestra una armonía que algunas de las *stars* de Hollywood tratarían de conquistar si los masajistas más expertos fuesen capaces de moldear los cuerpos humanos a voluntad. El ceñido traje sastre *beige* le sentaba como un guante y resaltaba la mórbida esbeltez con esa finura de línea que los modistos llaman *chic*, pero que a los hombres nos encanta aunque no conozcamos nombres técnicos.

A mi lado, sin embargo, mucha gente parece más baja de lo que es, porque yo… Bueno. Yo soy un poco alto. Mi hermano Bill lo explica en pocas palabras:

—El día que mueras te meterán en un submarino y tendrán que abrir la fosa en Tejas[5].

El recuerdo de la frase favorita de Bill me hizo reír. Betty debió interpretarlo equivocadamente. Tomando asiento en el sillón donde antes depositó el abrigo, cruzó las bonitas piernas y me miró cálidamente.

—Es una de las cosas que más me atraen en ti.

—¿De veras? ¿A qué te refieres?

—A la facilidad con que echas por la borda los enojos. Y reconoce que estabas enojado, Frank. Cualquiera diría que mi visita te ha sentado igual que un pisotón.

—Algo hay de eso.

—Por la sorpresa, ¿verdad?

—No hubo sorpresa. Sabía que eras tú antes de abrir la puerta.

—¡Ya! Te avisaron de abajo.

—Sí; me avisaron. Ahora bien; vayamos por partes. ¡Y sin evasivas! —amenacé—. ¿Qué intenciones te han traído a Utah?

—Hacer el nudo de tu corbata, querido. Propongo que, en lo sucesivo, me incluyas como parte del equipaje. En la maleta de un gigante debe haber hueco suficiente para una figurita como yo. Soy manejable.

—Tu hueco no está en la maleta; sino en mi corazón. Pero no vale abusar, Betty. Ha sido un error que vinieses a verme.

—¿Por qué?

—¿Lo digo con franqueza?

—Dilo —su sonrisa perdió luminosidad—. Pasemos pronto el mal trago.

—Quiero que lo comprendas —agregué, deseando endulzar la negativa—. Me encuentro en misión oficial. ¡Y lo sabes bien! Lo lamento, pero no hay información esta vez. Lo sabrás todo dentro de unos días… si lees los periódicos. He dicho.

—Los escribo, Frank —se alzó de hombros—. Conforme. Sé aceptar una derrota. Mis irresistibles encantos son equivalentes a los de una alcachofa para el pétreo Frank Miller, miembro de la NUCLEAR ENERGY BOARD y observador oficial en el lanzamiento del *Gild* desde la Base Wendower —redondeó los bellos labios hasta formar un círculo y, luego, añadió—: Me tienes sobre la lona, completamente *knock out*.

—Tus encantos me quitan el hipo, Betty. Me siento colegial a tu lado. Eso lo sabes. ¡Como otras muchas cosas! Pero en este asunto no hay puerta abierta para la publicidad. Lo siento. ¿Quieres que te eche una mano? Tendida sobre la lona has de sentirte muy incómoda.

—Bien. Al menos, podré acompañarte, ¿no?

—No.

Suspiró. Yo era irreductible en este sentido. Cambió las piernas de posición.

—De acuerdo, señor *boca cerrada*. Alquilaré un taxi para que me lleve al desierto salino.

—Los habitantes de esta comarca saben…

—Me dedicaré al soborno. Es remedio infalible.

—Las cercanías de Wendower se hallan vigiladas por policía militar. Pierdes el tiempo.

—Diré que soy la prometida del capitán Sutton. Me dejarán pasar.

Su contestación era un reto y me dolió igual que un puñetazo salvaje en el plexo solar. Betty, pese a su apariencia vencida, no daría el brazo a torcer. Intenté dominarme. Supongo que lo conseguí.

Yo le había fallado; pero Albert podía ser el recurso final. Conocía a Albert y conocía a Betty. No habría guardia bastante en Wendower para impedir que se saliesen con la suya.

—Escucha… —dije, cuadrando las mandíbulas—. Es de vital interés para la nación que el lanzamiento del *Gild* permanezca en secreto por algún tiempo. Un artículo publicado en cualquier periódico del país sería como una burla hiriente de los más sagrados principios gubernamentales. Algo parecido a mofa. No dudo de que te procuraría fama y dinero, Betty. Un montón de dólares por la exclusiva. Pero si tú escribieses ese artículo… yo conozco a una persona que te despreciaría.

—¿Tú?

No contesté. La situación había variado radicalmente y Betty abandonó su aire de desenfadada audacia. La frivolidad y la confianza se esfumaron en el acto. Nos miramos a los ojos.

Ella acabó por bajar la vista y mordió su labio inferior con los blancos dientes. Todavía sin agregar nada, di media vuelta y fui hasta el dormitorio.

Estaba vistiéndome la americana, de espaldas a ella, cuando oí el sonido de sus tacones al pisar. Enseguida, el chasquido de la cerradura avisó que la puerta acababa de ser abierta. Se marchaba.

—Por mí no te detengas —dije, sin asomarme a verla—. Ya sé que no significo gran cosa. Albert caerá rendido a tus pies… aunque no le hagas el nudo de la corbata. Adelante, Betty.

Un portazo seco fue su respuesta. Betty y yo acabábamos de terminar la entrevista de forma no demasiado cordial. Tomé la trinchera de un zarpazo y eché una última mirada a mi aspecto en el espejo del lavabo.

La insignia redonda que prendía de la solapa me recordó que, anteponiendo el deber a los sentimientos, había obrado con arreglo a mi obligación. Pero lo sentía. Las tres letras blancas —*N.E.B.*— me escocían en el alma.

Y es que mi amor por Betty no resulta fácil de describir con palabras. La quiero demasiado, eso es todo. Algún día puede que haga una tontería por su causa. Ese día, quizá sea ella quien me desprecie a mí.

CAPÍTULO II

LA PELICULA DEL ESPACIO [6]

Cuando llegué a la Base Wendower, después del seco recorrido por los llanos desérticos que noventa años antes atravesaron en galeras los *pioneers* norteamericanos en su penosa ruta hacia el Oeste, el automóvil se hallaba blanqueado por el polvo salino y yo masticaba los impalpables gránulos que entraron por la ventanilla.

Pagué el alquiler y no esperé a que hiciese la maniobra de vuelta. Tenía prisa por felicitar al inteligente doctor von Boutcher. Los guardianes de la cerca se echaron a un lado apenas reconocerme.

Lo cierto es que yo debí darme cuenta enseguida de que algo anormal sucedía en Wendower Camp. Pero, es igualmente cierto, que estaba demasiado atareado tratando de descubrir huellas de Betty Gunn, quien, sin duda, habíame precedido.

Aunque parezca petulancia por mi parte, diré que por primera vez en la historia de nuestro trato, había vencido a mi inquieta adorada. Casi podía considerarme todo un hombre de hierro. Esto lo supe más tarde. Por la noche. Después de mi conferencia telefónica con Trevor Taxon, *manager* ejecutivo de la Junta. Ya lo contaré a su debido tiempo.

Un estirado *G.I.*[7] me condujo al caserón central. El cohete rescatado no debía haber llegado aún, puesto que no lo veía por parte alguna. Hecho comprensible, desde luego, teniendo en cuenta la distancia existente entre su punto de caída y la Base.

En la pista, tal vez listos para despegue, destacaban tres plateados F-104 *Starfighter* y allá a lo lejos, rodeado de camiones que recogían su dotación de transporte, un mastodóntico *Cargomaster*.

Cuando los reactores emprendiesen el vuelo, escucharía los fortísimos estampidos de sus postquemadores donde quiera que me encontrase. A pesar de que constituían la última palabra en el progreso aéreo, no pude menos que sonreír.

Ahora, se considerarían anticuados. Es decir, cuando el mundo *supiese* que existían cohetes tripulables del tipo *Gild* impulsados por el combustible isotópico de von Boutcher. La aviación, y concretamente la cohetería, avanza demasiado velozmente para que las máquinas tengan oportunidad de envejecer. Un *recién nacido* aéreo es, en virtud de este meteórico progreso, *anciano* a los pocos meses de vida. El hombre se ha obstinado en llegar a los planetas... y llegará bien pronto. Porque el hombre es insaciable en sus ambiciones.

En el despacho habilitado para von Boutcher se veían una docena

de personas. Algunas ya me fueron presentadas antes; otras eran perfectas desconocidas para mí. Militares, técnicos, especialistas relevantes de la nación...

El humo de los cigarrillos nublaba el ambiente. Los ceniceros rebosaban colillas. El silencio con que fui recibido presagiaba contratiempos. Lo intuí.

Me saludaron con inclinaciones de cabeza y breves sonrisas. El doctor von Boutcher acudió a recibirme.

Seguía feliz; pero su emoción dejaba paso a la reflexiva serenidad que es típica en los hombres de ciencia cuando algo, insospechado, no ha salido conforme a sus deseos. Su mano derecha estaba fría.

—Le esperábamos, señor Miller.

—¿Me he retrasado?

—¡Oh, no! Es que nos sentimos impacientes por contemplar la película.

—Quiero felicitarle por el éxito positivo de su *isotocom*. Creo que...

—Gracias. No haga que vuelva a sonrojarme —pidió con su habitual timidez—. Vayamos a la sala de proyección, caballeros.

Nos pusimos en camino, formando un grupo del que escapaban murmullos de comentarios. Había algo en aquel clima que me pesaba sobre el ánimo. Hasta el aire parecía cargado de enigmas.

El menudo von Boutcher —un pigmeo a mi lado— guardaba silencio.

A pesar del poco trato que siempre tuve con él, intimamos bastante en los últimos días anteriores al lanzamiento. Aproveché la circunstancia para tomarme la libertad de preguntar. Y lo hice así:

—¿Ha fallado algo? ¿No respondieron como se esperaba los aparatos del *Gild*?

—No, no... —replicó con vivacidad—. Todo perfecto. Matemático. Hasta el menor instrumento de a bordo cumplió con su cometido. Han atesorado datos cósmicos valiosísimos para el estudio. Sí —repitió—. Todo perfecto.

—Disculpe mi curiosidad, doctor. Pero aquí hay gato encerrado. No es una expresión muy académica, lo reconozco; aunque bastante clara. ¿Dónde está el gato?

—Se lo diré. Ha de saberlo de todas formas. El experimento, con ser un éxito, se ha quebrado por la parte más débil: El material humano.

Ambos abrimos un silencio. Los pasos y los murmullos puntearon el lapso con cadencias rítmicas.

—¿Albert Sutton? —interrogué anhelante, sin poder evitar pensar en Betty.

—Los dos. Aunque, si le sirve de algo, Sutton parece menos grave

que Jo Sylvester. Eso opinan los médicos.

—¿Cree… cree usted que morirán?

—Yo no entiendo de medicina, señor Miller. Los doctores les están aplicando el tratamiento que consideran adecuado para que reaccionen cuanto antes.

—¿Qué les ha ocurrido?

Gerhard von Boutcher echó la cabeza hacia atrás y consiguió fijar sus ojos en los míos. Había pena en su expresión.

—Si lo supiésemos —dijo— tendríamos noventa partes de victoria contra diez de derrota. Pero nadie lo sabe.

—Los médicos…

—He dicho *nadie* —me interrumpió—. Quizá la cinta aclare el origen de su dolencia.

—¿Heridas?

—Ninguna —miró al fondo, a la puerta oscura que ocupaba el frente del corredor—. ¿Ha visto usted alguna vez un hombre atontado por un mazazo?

—Sí.

—Pues eso es lo que ocurre con Sutton y Sylvester. Viven *atontados*. No sienten, no hablan ni se quejan. Un somero examen encefalográfico mediante electrodos, revela que ni siquiera piensan.

—Pero…

—Perdone —se apartó de mí y dirigióse a todos los presentes—. Vayan pasando, por favor. Voy a avisar al operador para que ponga en marcha la cámara. Enseguida soy con ustedes.

Eso fue todo. He descrito la conversación, mantenida en voz baja, sin omitir nada. Todavía no alcanzaba a comprender la gran verdad que von Boutcher habíame relatado utilizando palabras sencillas, desprovistas de retórica técnica. *Atontados*. Así calificó el suceso que más tarde iba a llevarnos de coronilla.

La sala de proyección —donde daban semanalmente películas para los *desterrados* de la Base Wendower— tenía capacidad para medio centenar de personas. Me refiero a las cómodamente sentadas, claro.

De pie, cabía otro tanto. Por fortuna, sobraba sitio y los componentes del grupo tomaron asiento a capricho.

Yo me instalé sobre la mitad, solitario, porque necesitaba dedicar un minuto a mis íntimas reflexiones. *Atontados*. Aquella palabra —de una vulgaridad casi infantil— me obsesionaba. La tenía grabada en el cerebro igual que una escritura esculpida sobre la piedra a golpes de escoplo y martillo. A Jo Sylvester apenas le conocía. Pero Albert era, pese a su rivalidad sentimental, un buen y viejo amigo.

Deduje que también Betty se sentiría terriblemente afectada al saber la noticia. ¿Es que no existían recursos en la medicina moderna

para sacar a un hombre de semejante *atontamiento*? ¡Algo podría hacerse por ellos! ¡Sin duda!

Gerhard von Boutcher acababa de regresar. Tomó asiento en la tercera fila de butacas, junto a los agregados militares y miembros federales más estrechamente interesados en el aprovechamiento activo de los ingenios espaciales impulsados por el nuevo combustible.

—Pueden fumar, si lo desean —autorizó una voz a través del amplificador—. Guarden silencio, por favor. La banda sonora ha recogido los extraños ruidos del vacío espacial, la mayor parte debilísimos. Escucharlos, aquí en la Tierra, es una primicia maravillosa.

Las luces se apagaron y, al quedar la sala a oscuras, el brillo de las brasas y el chasquido de los fósforos alumbró irrealmente los rostros contraídos de emoción.

Yo, quizá arrastrado por el ejemplo colectivo, también coloqué un cigarrillo en mi boca y fumé con cierta avidez.

Nadie hablaba. El haz plateado que difundía el proyector situado en la cabina de nuestra espalda, taladró las negruras con su dedo mágico y bañó de claridad el cuadrado de la pantalla. Unos gruñidos anticiparon los giros de la película en el tambor del rollo. La voz del amplificador anunció:

—El doctor von Boutcher tratará de darles una versión de cuanto van a presenciar. Cuando guste, doctor. Tome el micrófono.

El carraspeo del sabio para aclararse la garganta coincidió con la primera imagen concreta de la pantalla.

Era una visión del campo de lanzamiento de la Base Wendower, pero visto en plano inclinado.

Las brumosidades del amanecer difuminaban la filmación. Reconocí los apartados refugios de cemento en cuyo interior, debidamente protegidos, nos cobijamos al disparo.

—Como ustedes no ignoran —empezó von Boutcher llevándose el *micro* a los labios— el *Gild* iba equipado con mecanismos de alta precisión e instrumentos extrasensibles que permitirían recoger enseñanzas cósmicas y datos sobre los que basar las afirmaciones teóricas que los astrofísicos han sustentado merced a cálculos y estudios sobre el papel. No voy a hablarles de estos delicadísimos aparatos. Pero sí les diré que, en tres secciones externas del fuselaje, se acoplaron otras tantas cámaras fílmicas, o tomavistas, para impresionar en película las incidencias del vuelo experimental. Observarán que en la pantalla no aparece solo lo que en cinematografía se designa por *foto fija*. Las tomas abarcan tres ángulos distintos, intercalados por el montador especializado que reveló la cinta en tiempo récord, y hasta *planos* móviles, debido a los controles dotados de movimiento que permitían enfocar los objetivos en

diversas direcciones. El proceso actuaba por sistema automático. Imaginen que nos encontramos a bordo del *Gild*. Ya han dado la señal de partida. Escuchen el fragor del lanzamiento. O, si lo prefieren, tápense los oídos. ¡Vamos a subir al espacio!

La banda sonora de alta fidelidad —quizá amplificada por procesos estereofónicos— dejó escapar un bramido que trepidó en la sala ferozmente. Algunas exclamaciones corearon el realismo de la proyección. Dejando una nube inmensa de humo y fuego, el *Gild* se elevó a velocidad supersónica, y el campo de Wendower comenzó a perderse dentro de algo que parecía una sima sin fondo.

Una sucesión rápida de fotogramas nos mostró variados ángulos de proyección. Montañas, tierras vastas y secas, un damero rotulado que por instantes adquiría sorprendente curvatura superficial. ¡La Tierra iba quedando atrás! ¡Pronto veríamos el hemisferio iluminado!

El silbido del viento y los motores de la astronave zumbaban con tal verismo que la sensación de hallarse tripulando el cohete nos ganó unánimemente.

Von Boutcher dejó gozar del espectáculo visual y acústico. El algodón deshilachado de las nubes ocultaba ya el suelo terrestre. Los ruidos se convirtieron en canto apelmazado y monótono. Reanudó la explicación.

—Estamos a cinco mil metros sobre el nivel del mar. Subimos hacia la cúspide de la trayectoria balística que distingue a los proyectiles de cohetería. ¡Hacia el espacio! Comprueben la lejanía y profundidad. La corteza de la Tierra se ha hecho borrosa. Es un manchón indefinible que pierde perfiles por segundos... Acabamos de coronar los diez mil metros. Los ríos, los caminos y las cordilleras son trazos livianos que se esfuman en la distancia. Ahora, entramos en la región isotérmica, más conocida por Troposfera. ¡Quince mil metros! No tardaremos mucho en substituir la palabra *metros* por la de *kilómetros*. Las distancias se hacen más y más dilatadas. ¿Ven ustedes lo mismo que yo? Es cierto... La esfericidad del planeta es perfectamente visible. Pronto dejaremos de captar perfiles. Hemos cruzado ya la frontera que nos separa de la Estratosfera y volamos entre nubes de ozono y gases livianos. El aire es diáfano. ¡Cada vez más tenue! Observen esa pelota rojiza que va reduciendo su tamaño. Sí, caballeros... ¡La Tierra! Pronto el cielo será negro y en él refulgirán las estrellas con un esplendor desconocido para el ojo humano. Contemplen la película. Y escuchen... Cada sonido es precioso, porque dentro de unos momentos dejarán de oírlos. En el gran vacío sin aire no logra producirse la propagación sónica. El silencio del espacio es algo que para el habitante de la Tierra debe encerrar misterios tan insospechados que todavía nos resulta imposible prever sus consecuencias psicológicas...

Chupé mi cigarrillo mecánicamente, con la atención presa en el lienzo donde desfilaban ininterrumpidas fotoimágenes animadas de vida, de grandeza y de impresionante hermosura.

Ese planeta compacto que llamamos *nuestro mundo*, recorrido por ferrocarriles, poblado por millones de seres vivos y salpicado de ciudades que nos parecen colosales, se perdía, solitario, en la infinita inmensidad del espacio.

Podíamos ver también la Luna, brillante como un astro de luz. El silencio se espesó y la película, a partir de entonces, se desarrolló ante nosotros igual que un viejo film de la época muda.

—Cien kilómetros —notificó von Boutcher en voz susurrante—. Surcamos la Ionosfera. Todos los instrumentos de a bordo funcionan impecablemente. Van *archivando* datos en sus cerebros electrónicos. Ya no es posible escuchar ni el siseo de los giróscopos. La presión del aire oxigenado riega los cascos de los tripulantes... Han despertado y no sienten los efectos de la gravedad cero. El cohete asciende por la zona neutra. La atracción terrestre es cada vez más débil. La fuerza ascensional se multiplica a medida que los *lazos* retentivos pierden firmeza. Aún disponemos de dos tanques de *isotocom*... Cuando cese la alimentación, el *Gild* se ladeará, picará de nariz y regresará a la Tierra... ¡Doscientos kilómetros!... Es la Exosfera. No hay nubes. El aire se ha rarificado muchísimo más que dentro de la mejor cámara neumática de vacío... No hay oposición. La nave ascendería igual aunque fuese cuadrada en vez de aerodinámica. También la Exosfera quedará atrás... Vean ese cielo negro. Es la gran caverna del Cosmos. ¿Lo reconocen?

Dejé caer el cigarrillo y lo aplasté con la suela del zapato. No. No reconocía aquel cielo azabache, salpicado de astros titilantes, de constelaciones innúmeras. Nuestra galaxia.

Un reguero de estrellas hermosísimas y distantes. No soy ningún versado en astronomía, pero alcanzo a distinguir las más conocidas nebulosas estelares. Allí se veían algunas fáciles de reconocer. Virgen, por ejemplo, a doce millones de años-luz de la Tierra. Pegaso, a cuarenta y seis millones de igual astromedida. Osa Mayor, a ciento setenta. León, Gemelos, Boyero...

Aturdía un poco la pequeñez del ser humano comparada con la inconcebible vastedad universal. Llegué a olvidarme de que no corría ningún peligro, de que Sutton y Sylvester lo corrieron por todos nosotros, y aferré los brazos de la butaca con mis manos ávidas.

La pantalla describía giros. Un ojo inquieto. La movilidad de que von Boutcher habló. Las tres cámaras fundían planos y encuadres. Ahora, danzantes, surgieron espirales esfero-elípticas. Cúmulos globulares. Formas galácticas extraordinarias...

—Hace varios minutos que rebasamos el límite de la Exosfera —

señaló el científico—. Calculo que bordeamos los ochocientos kilómetros de trayectoria ascensional. Volamos, pues… ¡por el Espacio! Los medidores del *Gild* han marcado, tras la inspección de regreso, una altura tope de casi mil kilómetros… Hasta hoy, *nadie* ha llegado tan lejos. Es un triunfo rotundo, que abre nuevos horizontes a la Era Interplanetaria palpablemente próxima para el terrícola. Máxime, teniendo en cuenta la naturaleza experimental de mi combustible y el hecho de que el cohete es monoseccional, o sea, de cuerpo simple… Los mundos del Sistema Solar pueden ser ahora visitados sin distinción y para ello solo nos queda por resolver el problema más arduo: La resistencia orgánica del Hombre. Ya saben ustedes que los tripulantes del *Gild* han sido víctimas de un desconocido abotargamiento que los redujo casi a la condición de idiotizados autómatas. Peor aún… No pueden hablar, no *sienten*, se han operado cambios en ellos tan irreconocibles que… que todavía no estoy autorizado a difundir. Es lamentable, lo reconozco; pero la Ciencia no se detendrá por piedad a las víctimas que siembren su camino progresista. Puede que ellos sean *mártires*. Habrán perdido la vida en una causa sublime… Observen con especial atención cuanto va a desarrollarse ante sus ojos… Háganlo empleando los cinco sentidos… En este film se encuentra la verdad de lo ocurrido y yo sustento la creencia de que sólo una influencia externa, espacial, ha sido la causa de su enfermedad. La película es la clave, y de ella esperamos obtener la respuesta…

Creo que von Boutcher —aunque solo fuese por cortesía— no vio la proyección antes que cualquiera de nosotros. Posiblemente, estudió un cúmulo de probabilidades y de ellas, descartando las imposibles, eligió la única lógica. Sea como fuera, estuvo en lo cierto.

Siempre recordaré con horror aquella última parte de la proyección. Me refiero, naturalmente, a la aparición del cometa. ¿Horror? se preguntarán ustedes. Sí. Horror. Me produjo una hondísima impresión. El propio Gerhard von Boutcher destacó el hecho.

—¡A la izquierda de la pantalla! —se excitó—. Una sombra de luz… ¡ha entrado en el campo fílmico! ¿Qué es ese resplandor, Dios mío?

La misma pregunta saltó en todos los pechos e hizo latir atropelladamente los corazones. ¡Una sombra de luz! No sé quién fue el primero… ¡pero todos acabamos poniéndonos de pie!

El resplandor tenía forma de cono y se acercaba velocísimamente a nosotros… ¡al cohete, quiero decir! La sensación de hallarnos dentro de él era tan intensa que pensábamos como astronautas en lugar de hacerlo como meros espectadores cinematográficos. ¡Nos sentíamos electrizados de sorpresa!

—¡Un cometa! —identificó von Boutcher en el colmo de su estupor—. ¡He ahí la causa externa!

Alguien dijo en cierta ocasión, que los cometas vienen a ser algo así como las *medusas* del océano sideral. Fue una opinión autorizada, desde luego, y yo no soy nadie para variar la alegórica descripción.

Efectivamente, por lo que he sabido sobre los cometas —a raíz de esta experiencia cinematográfica— son astros errantes, generalmente formados por un *núcleo* poco denso, que viajan acompañados de una prolongación luminosa a modo de *cola*. Describen órbitas de pasmosa excentricidad, lo que les permite atravesar cualquier lugar del espacio sin cálculo prefijado.

La parte globular de estas ideales medusas cósmicas constituye la *cabeza* del cometa, y tras ella flota la cola igual que un velo gaseoso o colgantes flecos de cegadora luz.

La cabeza consta de dos partes esenciales. El *núcleo*, un punto que para el telescopista es tan brillante como una estrella, y la *cabellera*, dilatado cuerpo nebuloso que aureolea el *núcleo*. La composición consta fundamentalmente de partículas pétreas y metálicas, una masa de gases rarificados y un polvo estelar finísimo, dañino, que forma la cola luminosa de tan subyugante cuerpo celeste.

Se ha hablado siempre de los cometas con supersticioso temor, por cuanto una colisión con la Tierra significaría el más espantoso desastre que el ser humano puede imaginar, aparte del total aniquilamiento de vida. La posibilidad de un choque contra nuestro Mundo es remotísima y prácticamente desechable.

El problema se estudió a fondo cuando el cometa de Lexell pasó más cerca de la Tierra, en 1770, de lo que ningún otro astro se aproximó jamás. Luego, en 1910, volvió a repetirse un hecho parecido a cargo del cometa Halley, también sin consecuencias dignas de mención, si dejamos aparte el pánico colectivo que dominó a la población del mundo.

—¡Un cometa! —repitieron varios espectadores, acompañando el descubrimiento de von Boutcher.

Ahora puedo afirmarles, con certeza, que la primera designación del científico fue la rotundamente exacta. Se trataba, definitivamente, de un cometa.

Su paso espacial acontecía a muchos millones de distancia del *Gild*; tanto que el primitivo cono de la pantalla resultaba una estrella más en el soberbio panorama cósmico filmado por las cámaras.

No obstante, existía una sensible diferencia: La estrella orlada de cola se *movía*. ¡Era un punto animado de vida en la negra bóveda sobrecogedora! ¡No persistía en su posición *fija*, sino claramente errátil!

Posteriores estudios y detenidos análisis de la cinta en cuestión,

determinaron el nacimiento de una teoría. Por un motivo fortuito y completamente fruto del azar, la *cola* del lejanísimo cometa ocupó —fracciones de segundo— la trayectoria ascendente del cohete. Éste debió atravesar una zona de hilachas gaseosas, acaso el final del gigantesco velo o una porción desprendida de él.

A estas alturas, todavía no se han puesto de acuerdo los hombres de ciencia sobre la verdadera naturaleza del *accidente*; pero lo cierto del caso —en lo que a mí concierne— es que todo el *Gild* se vio envuelto por gases estelares y sucedió, en primer lugar, algún fenómeno interno que destruyó orgánicamente a los capitanes Sylvester y Sutton.

No lo sabemos. Yo jamás pude profundizar en la averiguación, acaso por insuficiencia de datos técnicos y conocimientos astrales.

Por ello, describo exclusivamente lo que vi. Esto fue todo.

La pantalla, de golpe, quedó vividamente iluminada. A partir de entonces, las cámaras resultaron tan inútiles como una máquina fotográfica con el carrete deteriorado. La luz nos encegueció. Algo así como un estallido de magnesio, que borró las imágenes y nos hizo parpadear. La película continuó rodando, *blanca* de contenido, sin estrellas, sin masas siderales y sin espacio. He aquí la realidad: ¡Había quedado inservible, *velado* de antemano, todo el resto de celuloide fílmico!

Clamor de sorpresa, voces excitadas y airados comentarios llenaron la sala de proyección. Aquello era una pequeña babel en la que nadie lograba ponerse de acuerdo.

Lo concreto, lo tangible e incuestionable, venía a demostrarnos que, con la fugaz aparición del cometa, terminaba la película.

El resto no mostraba nada, excepto luces y rayas cirrosas indefinibles. El material cinematográfico, operando por medios automáticos, estaba destrozado y no captaba la sucesión de posteriores escenas que sin duda se desarrollaban a millones de kilómetros de los tres objetivos.

—¡Suspendan la proyección! —ordenó von Boutcher por el micrófono—. ¡Alto!

El operador obedeció. No quiero fatigar con la repetición constante del mismo relato; pero asistimos, por cuatro veces más, al paso de la cinta.

Continuaba impecable hasta el momento en que la cola del cometa interfirió la filmación. Desde aquel punto atrás, no podía descubrirse ni la más mínima manifestación coherente. No dejaba de resultar un poco raro, en opinión de los técnicos. No obstante, así era en verdad. La primera parte de la cinta continuaba normal. El final era un verdadero castillo de fuegos artificiales, un derroche de rayas blancas, luces y sombras indeterminadas.

Cuando abandoné la Base Wendower y me llevaron al pueblo en un *jeep* de la USAF, el grupo de colaboradores de von Boutcher, con él al frente, se enfrascaron en una acalorada discusión. Supe que la reunión prolongóse hasta, el amanecer.

Yo, lo confieso, me sentía abatido, sin alcanzar a descifrar los impulsos yuxtapuestos que azotaban mi ánimo.

Por un lado, el éxito del *Gild* y el combustible isotópico, me llenaban de ilusión. Por otro, la desgracia de que los tripulantes habían sido objeto lograba entristecerme poderosamente.

Aquella noche, después de cenar sin apetito, llamé a Trevor Taxon, dándole cuenta de la asombrosa historia que cúpome en suerte presenciar. Recuerdo bien que la conversación contribuyó a incrementar mi ya notable depresión moral.

CAPÍTULO III

HAGO UNA PROMESA

Fue casi inmediatamente después de la conferencia telefónica, cuando el timbre volvió a sonar. Yo acababa de colgar el aparato y, apenado por los hechos, decidí retirarme a descansar enseguida. No me sentía de humor para otra cosa.

—¡Diga! —demandé.

—La señorita de esta mañana se encuentra aquí abajo, señor Miller —dijo el conserje—. Pregunta si puede recibirla.

Betty, contra su costumbre, aguardaba mi autorización para subir. Era un síntoma. No sé por qué causa; pero me alegró la visita.

Al parecer, ella había variado de conducta en las últimas horas. Me constaba que no fue a Wendower Camp para intentar forzar la vigilancia. Aquello podía traducirse por un acto de desusada debilidad y yo comprendí que el origen del cambio se debía a mi inflexible dureza.

—Que suba —contesté, lacónico.

Cinco minutos después, llamó a la puerta suavemente y, antes de franquearla, me miró a los ojos con inexplicable timidez.

—¡Hola, Frank! ¿Permites que pase?

—Claro, Betty. Acomódate. ¿Hay algo que no funciona bien dentro de ti?

—¿Por qué lo preguntas?

—Has perdido toda la resuelta impetuosidad que te caracteriza —sonreí—. En vez de una bala de cañón... tienes el aspecto de un helado de nata.

Betty no contestó. Seguía tan bella y turbadora como siempre; pero haciendo gala de un apaciguamiento insospechado.

Llevaba el abrigo de entretiempo echado sobre los hombros, dejando entrever el vestido gris de mezclilla que silueteaba la perfecta conjunción de su cuerpo espléndido. Le ayudé a quitárselo y ella, con delicioso recato, tomó asiento en uno de los sillones.

—Te sorprenderá que haya vuelto al lugar de la paliza, ¿verdad? —empezó—. Dicen que el gato escaldado del agua fría huye. Este gato es reticente... y no escarmienta.

—Tú, si acaso, eres una preciosa gatita... y no creo que entre nosotros haya pasado nada capaz de escaldarte.

—Ya sabes a lo que me refiero, Frank. De todas formas, gracias por la lección.

Me sentí íntimamente regocijado; pero procuré mantener la

inexpresividad facial.

—Tú te lo dices todo, Betty.

—He sido egoísta. Lo reconozco —inclinó la adorable cabecita—. Perdóname. Voy a procurar que no vuelva a repetirse.

—¿No sueño?

—No. Soy Betty Gunn… el huracán con faldas. He dejado atrás toda la furia y vuelvo a ser la dulce brisa de antes.

—Me encanta la brisa. Es refrescante y juguetona. Agradable.

—Gracias. He venido a excusarme por la conducta de antes. Tenías razón, Frank. Un secreto de estado no debe divulgarse en las columnas de los periódicos. He hablado por teléfono con Martin, el editor. Ya puedes imaginar cuáles fueron mis palabras.

—Dímelas tú. Hoy tengo la imaginación hecha cisco.

—Bien. Goza del merecido triunfo. He arrojado la esponja… y me retiro del asunto. Que encargue a otro de la información, si lo desea. No sabes cuánto siento que entre nosotros se produjese un roce así. Es estúpido, lo admito. Pero hasta ahora no había comprendido la importancia de tu trabajo, Frank…

—Olvídalo —propuse.

—¿Me has perdonado?

—He dicho que lo olvides. No se hable más de ello.

Sonrió. Los iguales dientes brillaron entre los labios grana. Volvió la luz hechicera a sus ojos inmensos.

No fingía. Me convencí de ello al instante. Yo había ganado la batalla en toda la línea. Betty, sin paliativos, volvía a reinar totalmente en mi corazón.

—¿Quieres beber algo?

—De acuerdo. Sellemos la paz con un trago.

Tenía una botella de scotch en la mesilla de noche. Fui a por ella y tomé dos vasos del lavabo.

—¿Sólo? —pregunté.

—Mitad y mitad —dijo.

Le serví a ella el *scotch* con agua y yo me escancié dos dedos de licor puro. Rechazó el cigarrillo que le ofrecía. Yo encendí el mío.

Amigablemente, con serena ecuanimidad, nos miramos, brindamos en silencio y bebimos un sorbo. Las nubes descargaron la tormenta. El horizonte, despejado, recuperó su hechizo de siempre. Olvidados los rencores.

—No te vi en la Base —comenté, después.

—No fui.

Una respuesta rápida y elocuente. Bebí otra vez. Toda la agresividad anterior de mi voz había desaparecido cuando dije:

—De modo que… la renuncia ha sido total. ¿Dónde estuviste metida hasta ahora?

—En el Hotel Bullan. He reflexionado más que en toda mi vida.

—De la reflexión sale la luz. Yo siempre anduve buscando una muchachita juiciosa y reflexiva… para llevarla ante el juez de paz. Aspiro a que mi mujer olvide la taquimecanografía y me dedique todo su tiempo.

—Ya lo sé, Frank —aceptó con sencillez—. Creo que nunca he estado tan cerca de dar ese paso.

—Te he propuesto más de una vez que envíes al diablo a Tom Martin… y te vengas a plancharme las camisas. No soy ningún niño. En mi familia opinan que voy a quedarme soltero. Si esto ocurre… la culpa será enteramente de una morena explosiva llamada Betty Gunn.

—Todavía he de pensarlo un poco más. No lo tomes a mal. Somos amigos, Frank. Amigos como no hay otros en el mundo. Hasta diría que te quiero lo bastante para correr el riesgo de ponerme el vestido blanco y soportar la lluvia de granos de arroz. Pero tú sabes lo que ocurre con Albert. Él también desea convertirme en su esposa.

—Albert… —murmuré, rodando el vaso entre las manos abiertas —. ¿De veras has renunciado a escribir tu artículo sobre el *Gild*?

—¿Quieres mi palabra?

—Eso significa que no habrá dinero.

—Dispongo del suficiente para pasarme sin él.

La situación acababa de sufrir un rudo cambio. Batallé contra una duda mental, mientras ella, atenta, me contemplaba en silencio.

—No sé —dije, al fin—. Te conozco desde que asististe al primer baile vestida de largo. ¿Recuerdas?

Afirmó. Su mirada se hizo soñadora, como quien recuerda momentos felices y lejanos.

—Albert, tú y yo nos divertimos bastante aquella noche —continué—. Es curioso que siempre hayamos ido juntos los tres… Cuerpos diferentes y una sola alma… Un pensamiento único… Ahora, y de nuevo como antes, el lanzamiento de ese cohete ha vuelto a reunimos en Utah. Si verdaderamente desistes de escribir esa crónica para Martin, creo que debo contarte algunas cosas. Es más… hasta te llevaría conmigo a Wendower Camp. Mañana he de ver a Albert.

Esperaba que ella saltase de gozo y me echara los brazos al cuello. El artículo, servido en bandeja, podía ser de los resonantes. Pero, al parecer, su resolución era firme e inquebrantable. Se humedeció los labios con el licor.

—No me tientes —dijo.

—Todo depende de ti. Prométeme que no harás juego sucio.

—¿Para qué?

—Para que yo, por mi parte, pueda hacerte otra promesa.

—Muy bien, Frank. Lo repetiré con otras palabras. No mandaría ese artículo por todo el oro del mundo.

—Mañana verás a Albert... pero antes quiero decirte algo.

—¿Malo?

Dejé de rodar el vaso entre las manos. Lo deposité encima del centrito y tomé el cigarrillo que humeaba en el cenicero, para fumar.

—¿Por qué supones que ha de ser malo?

—He tenido un presentimiento. Perdona, Frank. El mérito de mi cambio de actitud no te corresponde por entero. También pensaba en el daño que ocasionaría a Albert cuando tomé la decisión. Pero influyó, como te digo, un presentimiento. He sentido un frío extraño en mi alma al imaginar que algo malo pudiese sucederle a Albert. Cuéntame la verdad, por favor.

—La verdad es bastante dura.

—Adelante, Frank.

—Nadie lo sabrá, ¿eh? —previne.

—Nadie. Solo tú y yo.

Fumé el pitillo y lo aplasté, luego, en el fondo del cenicero.

Acto seguido, conté a Betty cuanto sabía del asunto y la vi palidecer. Las lágrimas asomaron a sus ojos. Sentía de veras lo ocurrido.

Aquella noche, al despedirnos, tenía el decidido propósito de mantener mi promesa. No he podido olvidar todavía la frase que ella me dedicó al despedirnos.

—Ahora... —musitó—. Ahora... ya no hay rival, Frank. El camino está libre.

—Sí. Está libre —repliqué—. Pero no me gusta eliminar los rivales a tan alto precio.

La besé en los labios de fresa y ella no hizo nada para eludir la caricia. Quedamos citados a las diez de la mañana, porque Gerhard von Boutcher me autorizó a visitar a los desdichados tripulantes una hora más tarde, antes de que saliesen a bordo de un avión sanitario que los llevaría a Salt Lake City, la capital del estado de Utah, para dejarlos en manos de un gabinete de especialistas.

—Hasta mañana, Betty.

—No vengas al hotel; nos veremos en el tuyo.

—Como quieras.

—Buenas noches, Frank.

En cierto modo, fue un alivio para mí descargar el peso que aplastaba mi conciencia. Por el momento, éramos dos a compartir la carga y, lógicamente, tocábamos a menos.

No dormí bien; pero sí mejor de lo que esperaba. Quizá fue el beso de Betty o mi propio estado anímico. Al día siguiente, en el cielo lucía un luminoso sol y no tuve que esforzarme demasiado para volver a ver la vida de color de rosa.

Es cosa sabida que el tiempo cura las huellas de todos los pesares.

La naturaleza humana posee mayor flexibilidad que un tallo de junco. Pero yo ignoraba, en verdad, que me esperaba una de las más terribles experiencias emocionales de mi vida entera.

CAPÍTULO IV

CADÁVERES VIVIENTES

A las diez en punto, cronométricamente, Betty penetró en el *hall* del hotel y vino en línea recta hacia mí, que tomaba una taza de café sentado en uno de los taburetes de la barra del bar.

Proseguía con su actitud sensata; pero aparecía fresca y lozana como una flor maravillosa aún bañada del rocío matinal. Pagué lo consumido y la tomé del brazo.

En la acera aguardaba, estacionado, un *Ford* de alquiler. Había prescindido del conductor al suscribir el contrato de arrendamiento en el garaje local. Yo mismo lo conduciría por la carretera del desierto.

Cuando tomamos asiento y el choque de las portezuelas nos dejó encerrados dentro del vehículo, declaré:

—Aún estás a tiempo de retroceder, Betty. No quiero traiciones...

—Termina lo que te proponías decir, Frank —pidió.

—A eso voy. He depositado en ti mi confianza... Te besé anoche... No fue un beso de circunstancias, puedes estar convencida de ello. Creo, sinceramente, que Tom Martin no sabrá ni media palabra de esto por boca tuya. Pero si me haces objeto de una jugarreta y los periódicos...

—Es bastante —interrumpió, mirándome cara a cara—. Debes estar seguro de mí, Frank. Seguro del todo.

—Gracias.

—¿Algún comentario?

Sonreí, era cuanto necesitaba saber. Ahora hubiese apostado la mano. Mi comentario se redujo a tirar del botón de arranque y colocar la primera velocidad. Luego, el coche se despegó de la acera y enfilamos calle abajo, adquiriendo progresiva rapidez.

En la Base Wendower me detuvieron antes de franquear la cerca. Dije a los guardianes que se trataba de mi esposa, igualmente miembro de la Nuclear Energy Board, y como previamente prendí la insignia en su vestido, lo creyeron.

Con Gerhard von Boutcher tampoco tuve inconveniente. Estrechó la tibia mano de Betty, me miró de soslayo y se limitó a decir:

—Confío en su buen criterio, señor Miller. De lo contrario... usted sabrá lo que hace y a lo que se arriesga.

—Lo sé, doctor. No hay cuidado. Betty es de completa confianza.

—Mejor para todos.

Von Boutcher estaba abrumado de trabajo. El comité consultivo le esperaba para reanudar las conversaciones. Fiel a su palabra, acudió a

recibirme; pero su actuación terminó desde el momento que nos puso en contacto con el doctor Sheridan, médico oficial de la base y especialista en enfermedades nerviosas, tan frecuentes entre los pilotos debido al desgaste físico.

Betty y yo nos despedimos de von Boutcher, excusándole de la obligación en vista de las muchas ocupaciones que le reclamaban. Fue ésta la última vez que le vi… vivo. Pero no viene ahora a cuento relatar lo que sucedió algún tiempo más tarde.

La llegada del *Dakota* que trasladaría a los dos enfermos por vía aérea hasta Salt Lake City se esperaba para el mediodía. Así nos lo dijo el doctor Sheridan. Era un hombre afable y pulcro, de cabellos canos, profundo conocedor de su oficio, como no tardaríamos en averiguar.

Al explicarle la amistad que desde la infancia me unía con Albert Sutton, se mostró locuaz y comunicativo. En su opinión, los especialistas de la capital estatal iban a verse en un intrincado aprieto para solucionar el problema que les había caído en suerte. Aparte de la infrecuencia del caso en cuestión, tropezarían con una supina ignorancia respecto a las posibles causas que concurrieron para motivarlo. Esto —las causas— son, en lo que respecta a un médico, equivalentes a las pistas en una investigación policial.

Sin pistas no hay camino a seguir. Sin causas, los remedios de la medicina se aplican por puro tanteo, probando los mil y un matices que cada enfermedad puede llevar consigo, a ciegas. Y cuando no se ataca directamente el foco del mal, el enfermo sigue agravándose y las posibilidades de cura se convierten en más remotas cada día.

—Me gustaría conocer su opinión sobre la dolencia, doctor Sheridan —expuse.

—No tengo formada opinión —repuso con franqueza—. Para los científicos del calibre de von Boutcher, su mal proviene de la dichosa cola del cometa. Yo estoy en ayunas respecto a asuntos astronómicos; pero, en circunstancias como la presente, me dejo conducir por la lógica. Los capitanes Sutton y Sylvester están como muertos. No en la total acepción de la palabra, puesto que respiran, asimilan los sueros alimenticios que les inyectamos y realizan sus funciones orgánicas ayudados por el empleo de sondas. Son lo que podríamos llamar, de una forma harto paradójica, cadáveres vivientes. No hablan, no razonan, no sienten ni reaccionan ante los pinchazos de cualquier género. El no hablar es propio de mudos. No razonar con cordura, de idiotizados. No notar el dolor, un síntoma que se manifiesta en los atacados de lepra —suspiró—. Ahora, pasemos a la parte lógica.

Avanzábamos por un pasillo inundado del sol que entraba por los ventanales, camino de la enfermería Sheridan nos informó que en las habitaciones del fondo se hallaban internados los ex tripulantes del *Gild*.

Ante sus declaraciones, Betty se estremeció de pies a cabeza. Yo le oprimí con mayor fuerza el brazo, tratando de darle ánimos y recordarle que nada debía temer a mi lado.

—La parte lógica, al margen de los fenómenos espaciales que yo no entiendo y tanto defiende von Boutcher —prosiguió— me impide creer en brujerías. Y para mí, es cosa de brujería eso de que una cola gaseosa, por muy ígnea que sea, logre aniquilar a dos hombres hasta el extremo de reducirlos a monigotes de trapo. Ellos viajaban protegidos por equipos de vuelo espacial. Se hallaban metidos en cabinas termoaclimatadas, con reguladores oxigenados y aislantes de alto índice de seguridad. Además, las paredes del cohete poseen un espesor de quince centímetros. ¡Ni un proyectil blindado las perforaría! Prácticamente, contaban con un refugio a prueba de rayos cósmicos, polvo estelar y bombardeos de micrometeoritos. Al menos... sobre el papel.

—Las cámaras... —empecé.

—No hay comparación —atajó—. Las cámaras cinematográficas sufrieron los efectos de la cola de fuego y las películas se velaron. Comprensible. ¿Por qué no ocurrió igual con el principio del rollo? También puedo explicarlo. A medida que se iba impresionando la película, siempre actuando por medios automáticos, pasaba a un mecanismo inferior donde se realizaba el revelado. Un buen invento fílmico, que ya han puesto en práctica otros países tan adelantados como el nuestro. El resto... Bueno; el resto se estropeó. ¿Y qué? ¿Nunca ha utilizado una máquina fotográfica? Si no la cierra debidamente, el simple rayo de luz inutilizará los negativos. La protección de los pilotos era *infinitamente* superior. Eso es lo raro. A pesar de todo, las cámaras continuaron funcionando. Nos hallamos ante un suceso inexplicable o sencillamente extraordinario. No sé qué pensar. Usted me ha pedido la opinión. Esto es lo que opino, señor Miller. La realidad habla por sí sola: Dos hombres convertidos en carne insensible. Lo demás, ¡quién sabe! tal vez lo averigüen en Salt Lake City. Me gustaría que ocurriese así, porque serviría para adoptar medidas adecuadas en futuros vuelos espaciales. O quizá fracasen también. De todas formas, espero que nuestros nietos conozcan del espacio muchísimo más que nosotros sabemos ahora. Lo cual, dicho con todos los respetos para el doctor von Boutcher, es bien poco.

Acabábamos de entrar en la enfermería, un recinto pequeño, poblado de vitrinas, con mesas de reconocimiento, instrumental médico, pantalla de rayos X y oliendo fuertemente a desinfectante.

Una puerta de cristal traslúcido la separaba de las habitaciones interiores. Permanecía cerrada con llave y Sheridan la abrió utilizando una de su propio llavero.

Dio vuelta al conmutador de la luz y los tubos fluorescentes

pendientes del techo destellaron, vacilaron y, de súbito, irradiaron luz blanca y potente. Se veían dos camas metálicas, típicas de hospital.

En los gráficos que colgaban de las cabeceras sólo estaban escritos los nombres de Sutton y Sylvester. Ni curva febril, ni diagnóstico, ni tratamiento. Yacían boca arriba, con los ojos entornados.

El párpado dejaba una ranura por la que brillaba vidriadamente la pupila. Tenían los rostros contraídos, crispados en muecas horribles. Pero no fue aquello lo que obligó a Betty a lanzar un grito agudo.

Los hombres que veíamos ante nosotros no se parecían *en nada* a Jo Sylvester y Albert Sutton. ¡Eran ancianos prematuros y momificados!

—¡Domínela! —ordenó Sheridan—. ¡De ese alarido a la histeria no hay más que un paso!

La impresión del descubrimiento representó para ella un golpe emocional de profunda magnitud. Repitió el chillido y quiso, alocadamente, correr hacia el lecho de Albert. La retuve de viva fuerza, mientras sollozaba a gritos y un temblor convulso la sacudía con frenesí. ¡Toda ella era un amasijo de nervios encabritados!

—¡Déle una bofetada! —aconsejó Sheridan—. ¡Vamos, señor Miller! ¡Péguela!

Sin duda, algo acababa de quebrarse dentro de su espíritu y la enloqueció. Más tarde supe que era un shock nervioso, bastante frecuente además. Una impresión igualmente violenta, agua fría o zarandeos bruscos, le harían reaccionar.

No cumplí el mandato de Sheridan, porque lo consideraba brutal y de una crueldad excesiva. Pero él entendía de esta clase de ataques mucho más que yo.

—¡Sujétela! —dijo—. ¡Yo lo haré!

La abofeteó. Así, sencillamente.

Betty echó atrás la cabeza y dejó de gritar. Los espasmos se transformaron en ronquido entrecortado y el ronquido en sollozo. El llanto la benefició. Fue volviendo en sí. Las lágrimas le resbalaban por las mejillas, donde destacaban las marcas dejadas por los dedos del médico. Poco a poco, la respiración perdió jadeo y fue normalizándose.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Sheridan, tomándole el pulso.

—S… sí. Creo que sí… —musitó Betty.

—Aún está alterada. Siéntela en aquella silla, señor Miller. Voy al botiquín para administrarle un calmante.

—Pero…

—Inofensivo, no tema nada. ¿Sabe lo que ocurre después de una fuerte crisis nerviosa?

—No.

—Yo tampoco. Nadie puede preverlo. De resultas de una

impresión tal vez salga un héroe o un cobarde. Un ataque cardíaco o un parto prematuro. Algo intrascendente o algo irreparable. No tema —insistió—. Un calmante la dejará como nueva. Mientras tanto, contemplen a los pacientes. Y vayan familiarizándose con su aspecto... ¿O prefieren dar por terminada la visita?

—No, doctor... —decidió Betty—. Nos quedamos.

—Conforme. Perdone las bofetadas, señorita, yo... Bueno; voy por el calmante.

He relatado este hecho para que todos alcancen a comprender hasta qué punto inverosímil Albert y Jo habían sufrido transformación. Nada me impedía silenciarlo. Pero creo que con él alcanzaré a dar una idea más exacta de la realidad.

La metamorfosis operada en los pilotos espaciales era horripilante y casi monstruosa. ¿El simple paso de un cometa puede ser tan fulminador? O... ¿habría sucedido algo más? La película calló el hecho. Nadie explicó nada. Nunca, en suma, lograríamos saberlo.

Mirábamos a los pacientes como fascinados. Supongo que lo mismo le pasaría a una madre africana si su hijo, de repente, se volviese igual de pálido que un chino. ¡Un amarillo nacido de padres negros! Imposible, ¿verdad?

Ustedes opinarán lo que quieran. Pero yo, después de ver aquello, me sentía dispuesto a creer cualquier aberración por utópica que pareciese.

El doctor Sheridan estaba de regreso. Llevaba en la diestra una jeringa de 5 cm^3 y del bolsillo de su bata colgaba una goma roja. Se encontraba tranquilo y dueño de sí. Aprobó con la cabeza, al constatar que Betty luchaba por vencer nuevos temblores.

—Ahora le pasará —dijo—. Es usted valiente. Levántese la manga hasta cerca del hombro. Ayúdela usted, señor Miller.

Anudó la goma redonda en torno al brazo, oprimiendo. Humedeció con el algodón empapado en alcohol el punto destinado para pinchar.

—Apriete el puño.

Con ademán rápido y fácil, fruto de la larga práctica, clavó la aguja en la vena más gruesa que resaltaba en la flexura del codo. Pulsó el émbolo, despacio. Tiró de la jeringa, extrayendo. Restregó el algodón encima del microscópico puntito de sangre y dijo:

—Bájese la manga. Esto puede que le dé un poco de sueño. No ahora, sino dentro de algún tiempo. No haga nada por vencerlo. Túmbese a dormir y cuando despierte se sentirá completamente normal.

—Gracias, doctor.

—Sonría. Creo que siento remordimientos por haberle pegado a una criatura tan bella. ¿De veras me ha perdonado ya?

—De veras.

Dejó la jeringa sobre la mesilla de noche. Nuestra atención se centró entonces, y por entero, en los dos yacentes.

—Ahí los tienen —gruñó Sheridan—. La culpa de su estado, según von Boutcher, es de un cometa. Pero yo diría que el único culpable es el mismísimo Lucifer.

Sí. Parecía cosa del diablo. Betty y yo, como de mutuo acuerdo, mirábamos a Albert Sutton. Ninguno de ustedes ha conocido a Albert.

Un hombre de treinta y cuatro años, robusto, casi tan alto como yo. Tenía una salud a prueba de bomba y siempre le conocí más fuerte que un roble. Aunque no pueda afectarles la comparación tanto como a nosotros, les describiré el pingajo humano que ocupaba el lecho hospitalicio.

Tenía la frente, mejillas y cuello surcados de arrugas. Arrugas de viejo. Largas y feas. Profundas. Eran tantas, que parecían prolongar las comisuras de sus labios hasta el lóbulo de la oreja.

Las manos, agarrotadas, semejaban garras. Como las de un leopardo o un puma muerto al saltar. El cabello —¡antes castaño, Dios mío!— era entonces blanco como la nieve. ¡Blanco! Y tan níveas como el pelo tenía las cejas, el bigote... ¡todo el vello del cuerpo!

—Pobre Albert... —musitó Betty—. Es inconcebible verle así.

—El aspecto físico ha variado mucho —convino Sheridan—. Esto ocurre raras veces; pero tiene una explicación médico científica basada en el sufrimiento sobrehumano. Conozco casos de condenados a muerte que han envejecido en cuestión de semanas. A dos se les cayó el pelo, y otro sudó *sangre*. No creo que les agrade escuchar la exposición de fenómenos clínicos. Ese cometa es una maldición. No sólo los ha desfigurado por fuera. Por dentro están tan destrozados que no hay forma de esperar la curación. Sólo un milagro...

—¿Morirán?

—Ya debían estar muertos.

—¿Qué ha descubierto, doctor?

—¡Oh, muchas cosas!

—¿Podría... podría decírnoslas?

—Von Boutcher indicó que ustedes sólo querían echar un vistazo a lo que queda del capitán Sutton. Mi informe facultativo ya lo facilité por escrito.

Betty intervino, venciendo su repugnancia, para ayudar mi petición.

—Conocemos a la familia de Albert —dijo—. Viven en Springfield y cuando nosotros regresemos... nos preguntarán cosas.

—El Gobierno informará a sus parientes.

—Sí. Pero... ¿de qué forma? Los partes militares no se caracterizan por su delicadeza, doctor Sheridan. Acaso pongan un

telegrama a su madre cuando ya no haya remedio. Imagino el texto: “Su hijo muerto en cumplimiento del deber. Venga a recoger sus restos.” El ataque de nervios que yo he sufrido no será nada comparado con el que le espera a la señora Sutton…

—Tal vez tenga razón.

—La tiene —afirmé—. Aunque usted no está obligado a…

—Bueno. Le daré mi informe a la señorita… pero usted podrá escucharlo también. Con ella estoy en deuda.

—Antes le perdoné, doctor.

—Los psicoanalistas dicen que, por encima de todos los perdones, existe una cosa llamada conciencia. Mi conciencia continúa acusando —miró a lo que él designaba por *cadáveres vivientes* y prosiguió entre pausa y pausa—. Han perdido el habla. No; no creo que sigan mudos hasta la muerte. Es un estado circunstancial, transitorio. Lo mismo ocurre con el oído. Están sordos. La explosión de un cartucho de dinamita los dejaría indiferentes. Ahora viven en un mundo distinto al nuestro. También sufren una extraña parálisis muscular. Si intentasen levantar uno de sus brazos entenderían por qué la considero *extraña*. Jo Sylvester tiene uno de los puños cerrados. Ni introduciendo una varilla metálica he logrado abrirlo. Los ojos, por raro que parezca, apenas han sido dañados. ¿Otro enigma? Seguro. ¡Ese cometa es muy caprichoso! Naturalmente, están ciegos; pero la vista recobrará sus funciones normales después de un breve tratamiento oftalmológico. ¿Les aburro?

—Nos horroriza —confesé—. Pero siga. Es tan escalofriante como un relato terrorífico.

—Sí. Hay mucho de terrorífico en esos pobres seres indefensos y rotos. Porque se les puede considerar rotos, señor Miller. Dudo que recobren la plena normalidad algún día. Ese día, perdonen la franqueza, será el más amargo de su historia. *Jamás* —subrayó fonéticamente la palabra al pronunciarla— serán lo que fueron. Su cerebro, por ejemplo, no razona. Está vacío. Habrá que enseñarles a hilvanar pensamientos, a escribir, a leer… Han perdido su pasado. Alguien dirá que son amnésicos. Yo los califico, una vez más, de muertos vivos. Sí. Una designación absurda, ya sé. Si han muerto no pueden estar vivos. Pero ellos no están vivos, en el sentido que cualquier persona tiene de la vida… a pesar de que tampoco son cadáveres. Me atrevería a asegurar que su subconsciente permanece seco. No recordarán ni el nombre.

—Usted… ¿no admite la posibilidad de equivocarse, doctor?

—La admito. Con pena; pero la admito. No sé qué será peor.

—¿Peor?

—Quizá vuelva la memoria —me miró fríamente—. Quizá el pensamiento logre coordinar y el subconsciente guarde retazos de

recuerdos pasados. Entonces, se convertirían en enfermos mentales. ¡Y aquí no admito error! Escuche esto, señor Miller: Un cerebro parcial es peor que otro desarmado y vuelto a montar para que funcione. Todos dirán que fue reconstruido; pero quedará *completo*. Un hombre que recuerda cosas a medias, no siempre está en su sano juicio… ni es digno de confianza. La huella mental dejada por ciertos hechos puede ser, y es en la abrumadora mayoría de los casos, de efectos introvertidos. El cerebro defectuoso recuerda al revés las cosas buenas y malas… hasta el punto de que las malas le parecen buenas y las buenas, las mejores y más selectas, las odia y ansia destruir… ¡porque son malas para él!

—Quiere decir que… —susurró Betty.

—Hablaré en ejemplo, señorita. Suponga que Sutton era un enamorado del esquí acuático. Lo practicaba, lo dominaba, debíamos considerar el deporte como su mayor afición. Pues bien, en virtud de su cerebro parcial, una vez recuperado físicamente lo aborrecería, desearía exterminar a cuantos lo practican, hasta el sonido de una canoa o la visión del mar —reflejos que aportarían similitud a su retorcido subconsciente— le enfurecerían sin medida.

—¿Ha dicho exterminar? —indagué, tenso.

—Sí.

—Entonces, según usted, Sutton odiaría a los que antes quiso, y viceversa.

—Justo. No podría pilotar un avión. Acaso se apasionase por la filatelia o la numismática. Estímulos distintos a los habituales. Si detestaba beber, ahora… ¡se embriagaría a diario!

—No… no lo entiendo.

—Ya lo suponía, señorita. Por fortuna, y digo por fortuna en son piadoso, hay pocas esperanzas de que superen el *coma* increíble que los aqueja. Hay también algo en su corazón. Otro fenómeno. La víscera se ha desplazado media pulgada de la cavidad cardíaca. El riego sanguíneo podría causarles un síncope y, tras el síncope, un colapso mortal. Esto es muy complejo de explicar… y de comprender por los profanos. En dos palabras: Están condenados. Son cadáveres *ciertos* a corto o largo plazo.

—¿Cómo catalogaría usted tantas transformaciones?

—No las catalogo. Las he comprobado y… basta.

—¿Acepta la realidad consumada?

—La acepto. Es evidente. Los médicos de Salt Lake City quizá podrán explicar esas transformaciones a que usted alude. Pero queda algo que no explicarán, ni ellos… ¡ni nadie! Me refiero a los rabos.

—¿Rabos? —gritó Betty—. No me diga que…

—Cálmese. Rabos o colas… ¡qué más da! —sonrió e hizo una pausa, mirándonos amigablemente—. Ustedes ignoran, como la

inmensa mayoría de los seres, que las personas tenemos nuestra propia cola particular. No se asombren. Nacemos con ella en su sitio. No pongan esa cara de extrañeza, por favor. Cojan cualquier tratado de biología y se convencerán de que cuanto digo es veraz.

—Confieso —dije—, que nunca la he encontrado por parte alguna.

—Pero la tiene. Usted no es la excepción. Las colas humanas no son visibles y, desde luego, jamás alcanzan un desarrollo tan alarmante como para que lleguen a molestarnos. Hay monstruosidades naturales, claro. Pero en ínfima proporción. Yo poseo mi cola, usted la suya y también la maravillosa señorita cuenta con un rabito individual —volvió a sonreír—. En la época del proceso embrionario es cuando la cola alcanza su máxima longitud con relación al resto del cuerpo. En esta época, llega a medir algo así como una décima parte del tamaño total del embrión. La cola se va acortando, en una atrofia progresiva, y cuando la criatura nace ya no es visible por el recubrimiento de tejidos que la ocultan. Sin embargo, aunque invisible, *está allí*.

—¿Dónde? —demandé con la resonancia de un pistoletazo.

—Donde termina su espina dorsal —replicó—. Los investigadores han estudiado a fondo la cuestión. No intento embaucarles. Sus huellas persisten en forma de huesos soldados al final de la espina dorsal, como dije. Esos huesos se llaman en anatomía coxis, y si usted se golpease en ellos al sentarse sobre algo duro… vería cómo la cola le avisa de su existencia con positivo dolor. Pruebe.

—Le creo —contesté, lanzándole media sonrisa—. ¿Qué ha ocurrido con las colas de Sylvester y Sutton?

—Que se han convertido en una protuberancia de regulares dimensiones. El pantalón basta para cubrirlas. Pero no tardarán muchos meses, si prosiguen el desarrollo, en alcanzar la longitud embrionaria, en cuyo caso…

—¿En cuyo caso…? —repetí.

El doctor Sheridan impuso silencio con la mano y prestó atención a un sonido amosconado que procedía del exterior.

—El *Dakota* —informó—. Han venido a llevárselos.

Consulté mi reloj. Eran las doce y dieciséis minutos. El transporte aéreo sanitario no tardaría en posar las ruedas del tren de aterrizaje en la pista de Wendower Camp.

—Creo que ya hemos hablado bastante —decidió Sheridan—. Salgamos, por favor.

Betty miró por última vez al rugoso y crispado Sutton. Dos lágrimas dieron brillo a sus ojos de diosa. Apretó con fuerza la mano que yo retenía entre las mías.

—Adiós, Albert —suspiró—. ¡Que Dios te ayude! Se lo pediré con

todo fervor...

Salimos. La despedida fue rápida, y dejé al doctor Sheridan encargado de que ofreciese nuestros respetos a Gerhard von Boutcher, una vez finalizada su importante reunión con los miembros del comité consultivo.

El *Dakota*, plateado y rugiente, rodaba por la pista, luciendo sus cruces rojas pintadas a ambos costados del fuselaje. Un *referee* de campo agitaba sus banderas de señales, guiando la instalación y frenaje del aparato. Un mecánico corrió a colocar los calzos que asegurarían la total inmovilidad de las ruedas, mientras desde la torre de control salía el oficial de servicio para dar la bienvenida a los aviadores y hojear rutinariamente sus papeles de vuelo.

Para entonces, Betty y yo habíamos tomado asiento en el *Ford* y abandonábamos la Base Wendower por el camino de cemento bordeado de alambrada eléctrica.

—Fue espantoso —musitó ella—. No lo olvidaré mientras viva.

—Me hago cargo. Ahora, lamento haberte dejado acompañarme...

—Es igual. Ya no hay remedio. Y, en el fondo, me alegra poder decir que rendí a Albert un último tributo. ¿Crees que morirá?

—Eso opina el doctor Sheridan. Será un descanso para él.

—¡Qué desgracia! Todos los habitantes de Springfield se conmoverán al saberlo.

—Ahí hay tema para un buen artículo, ¿no? Cuando Tom Martin lo sepa...

—Yo no pienso decírselo.

—Lo hará otra persona.

—Le regalo los laureles, Frank. No podría especular con el infortunio de un amigo sincero.

—Betty...

—Di.

—Te quiero.

La declaración, no obstante su sencillez, cayó como una bomba. Tal vez se debió a que la hice a bocajarro.

—Yo también —inclinó su cabecita en mi hombro, apoyándola—. Me pesan los párpados y tengo... tengo mucho sueño...

—Duerme.

—Antes... repítelo otra vez. Dímelo al oído. ¿Te atreves?

—Con mucho gusto. Te quiero, Betty.

Ella entornó los ojos. Corríamos por una recta polvorienta, dejando a izquierda y derecha el áspero desierto de Utah. Aceleré y aparté una mano del volante para rodearle los hombros con el brazo.

El sedante del doctor Sheridan empezaba a producir el anunciado efecto. Ojalá cuando despertase no recordara demasiado del horrible espectáculo ofrecido por los *cadáveres vivientes.*

CAPÍTULO V

EL EXPERIMENTO

Las fuertes impresiones recibidas perdieron contundencia nada más regresamos a Springfield, Illinois, donde todo poseía el matiz de lo familiar y conocido.

Aquél era nuestro ambiente. Los nubarrones de tragedia parecieron despejarse al volver *a casa*.

Pero la tragedia existía. Estaba flotante en el aire. Dormida, aunque cierta. No tardaríamos en comprobarlo.

Transcurrieron —no lo recuerdo con exactitud— tres o cuatro semanas. Betty y yo, reintegrados a nuestras respectivas ocupaciones, sentimos de qué modo tan constante íbanse dulcificando las tremendas emociones de Wendower Camp. Hablábamos alguna vez, rememorando la desgracia que para la familia Sutton significaba; pero ya no era en el horrorizado tono anterior, sino en plan de comentario.

A menudo, salíamos juntos. A nadie podía extrañar nuestra afinidad, puesto que se nos consideraba excelentes amigos. Sin embargo, la etapa amistosa había quedado tan atrás como la fugaz aparición del nefasto cometa. Ahora nos mirábamos a los ojos, bebíamos champaña de la misma copa y soñábamos despiertos, proyectando el futuro.

Estábamos prometidos.

Fijamos la fecha de la boda para la primavera entrante. Nunca he conocido una mujer tan dichosa como Betty. Había cambiado por completo. No era el *huracán* arrollador, sino la grata *brisa* que yo siempre deseé para mí.

Por conducto de la N.E.B. obtuve noticias y alguna información de lo ocurrido tras el lanzamiento del *Gild*. Existían muchas discrepancias sobre las teorías sustentadas por Gerhard von Boutcher. La Comisión Investigadora nombrada al efecto se negaba a admitir de modo categórico que el desastre causado en los tripulantes tuviese su origen en el casi quimérico cometa. No obstante, si no fue el cometa, ¿qué *cosa* tuvo la culpa?

También averigüé que Sylvester y Sutton habían abandonado su letargo. Al parecer, el *atontamiento* estaba medio vencido y, excepto crisis pasajeras que los aquejaban periódicamente, iniciábanse los albores de una mejoría. Así se lo dije a Betty en una de nuestras cotidianas entrevistas.

—¡Qué alegría, Frank! —manifestó—. Espero que pronto volvamos a ver a Albert entre nosotros. El pesimista del doctor

Sheridan…

—Bueno, cariño —advertí—. No he dicho tanto, ¿sabes? Hay una mejoría; pero de eso a curación total queda bastante trecho. Sheridan, aunque le hayas tomado un poco de ojeriza, es una notabilidad médica, ¿comprendes? Jo Sylvester y Albert han superado lo que podríamos llamar el momento crítico… Ahora bien, se resentirán durante algún tiempo de lesiones mentales.

Fue como un jarro de agua fría. Me miró, abiertos sus expresivos ojos azules que contrastaban poderosamente con los negrísimos cabellos.

—¿Entonces…?

—Se ha avanzado mucho. ¿No recuerdas su aspecto?

—Sí. ¡Jamás podré olvidarlo! Llenos de arrugas, encanecidos, agarrotados de brazos y piernas…

—Eso va superándose… aunque nunca perderán su aspecto de viejos. Ya articulan algunas palabras y oyen perfectamente los sonidos. Las funciones orgánicas se han reanudado con cierta rigidez; pero es un síntoma evolutivo muy favorable. En una clínica del estado atienden a su reeducación, sin abandonar los tratamientos intensivos. Trevor Taxon opina que, si todo sale bien, pasarán a un sanatorio de reposo donde se los someterá a vigilancia con vistas a su reincorporación a la sociedad. Dependerá del modo como reaccionen. Dentro de un año…

—Un año… —musitó, atajándome.

—Hay enfermos de muchos tipos que ni siquiera en este plazo podrían recuperar la salud, Betty.

—Ya lo sé. Pero es terrible lo sucedido. Albert era un hombre que parecía indestructible, ¿verdad? Una de esas personas que, con sólo mirarlas, se llega a pensar si no morirán nunca.

—Creo que he cometido un error hablándote de ello.

—No, Frank. Perdona. Me ha sido imposible evitar este sentimiento de lástima hacia él.

—Lo comprendo —asentí—. Bueno. No nos entristezcamos. ¿Cuál es el proyecto para esta noche?

—Llévame al cine, ¿quieres? A donde podamos ver una película alegre y desenfadada. Necesito evadirme un poco de la realidad.

La llevé. A la salida fuimos a un *nigth club*, donde bailamos y procuramos divertirnos. Sin embargo, mis palabras tuvieron la desdichada virtud de poner nuevamente en el candelero una cuestión que necesitaba bien poco para activarse en nuestra imaginación y amargarnos la existencia. Tuve que esforzarme, a fin de despejar la pesadumbre.

Podría seguir explicando algo sobre nosotros. Esas cosas triviales que ocurren entre dos prometidos y para quienes significa la piedra

filosofal de todas las venturas. Pero no lo haré.

Es demasiado personal y, además, temo que a ustedes no va a interesarles conocer pormenores en la existencia de una pareja de enamorados. La mayor parte del mundo pasa por ese estado sentimental y conoce, por experiencia, lo que se siente.

Voy a pasar, sin dilaciones, a la mañana en que nos enteramos de la noticia.

Conocí la novedad por conducto de Trevor Taxon, un jefe como hay pocos y verdadero amigo. Me llamó por teléfono y no empleó rodeos para atacar directamente el nervio del asunto.

—Haga las maletas, Frank —dijo—. En Washington tienen interés en preguntarle varias cosas.

—¿A mí? —exclamé con extrañeza—. No creo que se me haya perdido nada en Washington.

—Ellos suponen que sí. Al parecer, a usted le unía una antigua amistad con el capitán Albert Sutton. Los doctores von Boutcher y Sheridan lo corroboran.

—Sí. Es cierto —afirmé—. Pero Albert, según mis últimas noticias, se encuentra recluido en una clínica del estado...

—Las noticias se las di yo. Y está en un sanatorio, para ser más exactos. Ahora, en unión de Sylvester, lo trasladarán a una casa de reposo de Washington, para que continúe el tratamiento bajo vigilancia oficial. Parece ser que su caso es muy interesante. Le diré en dos palabras lo que se pretende: información y enfrentarle a él, para estimular los recuerdos de su subconsciente. Ello acortará la enfermedad, ¿comprende? Familiares, amigos, gente con la que se ha relacionado han sido citados con este propósito. Lo considero una digna obra de caridad.

—Entendido, señor Taxon. ¿Saldré hoy mismo?

—Dentro de cuatro horas. Pase por mi despacho y le entregaré el pasaje aéreo.

Le expliqué a Betty lo que se me pedía y estuvo de acuerdo con la opinión caritativa de Taxon. Preparé el equipaje y ella pasó a recogerme con su coche. Durante el trayecto al aeródromo hablamos poco. Los dos nos sentíamos inusualmente cortados.

La despedida fue rápida. Las últimas palabras flotaban aún en el aire cuando la besé en las mejillas.

—¿Le dirás a Albert algo de... lo nuestro?

—Depende de cómo le encuentre —contesté.

—Si lo haces... procura ser delicado, Frank.

—Descuida. Emplearé todo mi tacto.

A bordo de un potente DC de la P.A.A. realicé el vuelo hasta la capital federal sin el menor contratiempo. Un oficial de la *High Commissioner’s Department* me esperaba en el despacho de equipajes y

se ocupó de mí en el sentido total de la palabra.

Aquella noche dormí en una pensión del estado, después de haber sido invitado a recorrer Washington en fugaz visita nocturna. Al día siguiente, acompañado del mismo oficial, fuimos al sanatorio donde con mi presencia tratarían de reconstruir recuerdos en la anquilosada mente de Albert. El sonriente Parson, o sea, el oficial de la Alta Comisaría Federal, declaró:

—Son igual que niños, señor Miller. Necesitan ayuda para todo. Su cabeza está hueca y la mente continúa en blanco desde que sufrieron el ataque cósmico... o lo que fuere. Cuando los especialistas consigan llenar ambas cosas de recuerdos e ideas, habrán avanzado la mitad del camino hacia su curación.

—Le entiendo perfectamente. Y puedo ser uno de los instrumentos que coadyuven a este propósito.

—Sí.

—¿Y su madre? No he visto a la señora Sutton por aquí.

—Más tarde. Creo que los *platos fuertes* se guardan para el final. Su cerebro es igual que un delicadísimo cristal al que un choque demasiado brusco transformaría en añicos. Usted será un golpecito... si logra hacerle recordar algo. Luego, vendrán los martillazos. He visto realizar estos experimentos con frecuencia. Generalmente, sirven de mucho. Otras veces... Pero no nos pongamos tristes.

Me agradó Parsons porque no empleaba falsa retórica. Decía las cosas con tanta llaneza que cualquiera podía entenderle de buenas a primeras. Llegamos al sanatorio y fuimos recibidos sin dilación. Un interno vestido de blanco nos condujo a una especie de cámara desnuda.

El edificio se hallaba enclavado en una zona alejada de la ciudad, rodeado de jardines tupidos. La referida cámara, solo con dos sillas por todo mobiliario, producía tal efecto de aislamiento que invitaba a pensar en el fin del mundo. Ni un cuadro, ni un adorno. Paredes blancas y lisas. Techo alto. Suelo de baldosas negras. Y las dos sillas.

Nada más, excepto un silencio tan colosal que hasta la respiración sonaba como el jadeo de un tren expreso.

—No tema —dijo el enfermero—. Estaremos a la expectativa. A veces, este tipo de enfermos psíquicos toman las cosas al revés y se irritan contra la persona que trata de ayudarles. Háblele. No demuestre intranquilidad. Cuéntele cosas del pasado y no se preocupe aunque sus respuestas tarden en llegar. Ahora, siéntese, señor Miller. Sutton vendrá dentro de unos minutos.

Esto fue todo. El interno y Parsons me dejaron allí, completamente solo, sintiéndome realmente incómodo.

La desnudez del cuarto crispaba los nervios. Ahora sé por qué aquello estaba tan vacío.

Lo cierto es que empecé a imaginar algo a los pocos segundos; porque intenté arrimar la silla a la pared y descubrí… que las patas se hallaban atornilladas a planchas metálicas disimuladas en el suelo. Hubiese necesitado poseer la fuerza de una grúa mecánica para arrancarlas de su punto de sujeción. Y lo mismo ocurría con la destinada a Sutton.

Ignoro si ustedes habrán pasado por una experiencia semejante. Para mí, todo era nuevo y sorprendente.

Aquella clase de precauciones —ya que no podía tratarse de otra cosa— distaban bastante de contribuir a tranquilizarme, y mi ya encrespado ánimo sé encabritaba cada vez con mayor intensidad. Las palabras del enfermero adquirieron entonces contundencia de arietes. Deseé, de veras, que si Albert debía reconocerme lo hiciese por la vía pacífica, sin irritaciones.

Aunque esto llegara, me quedaba el consuelo, por lo menos, de que allí no había nada capaz de ser enarbolado como arma agresiva. Claro que el consuelo nunca ha librado a nadie de los sobresaltos y mucho menos del peligro en sí.

De pronto, la puerta situada al fondo de la cámara se abrió en silencio y mis reflexiones se interrumpieron al instante. Era Albert, por supuesto.

Un Albert más delgado y alto que nunca, de faz rugosa y cabellos blanquísimos. Sus pies calzados con zapatos de suela de fieltro no producían ni un rumor.

Me miró con ojos vacíos, inexpresivos, de una forma tan fija que yo no pude soportarlo por mucho tiempo. Sin despegar los labios, rígido y automático, se dejó caer sobre la otra silla. Parecía un robot de carne y hueso.

No sé si transcurrió un minuto… o medio siglo. Seguía mirándome. Aquel silencio amenazaba con asfixiarme y, de súbito, empecé a darme cuenta de que la corbata me ceñía el cuello como una soga, de que tenía la lengua seca y que el sudor perlaba mi frente.

Carraspeé, para aclarar el nudo que se me formaba en la garganta. El ruido le hizo dar un nervioso salto en la silla.

—Ho… hola, Albert —dije susurrante.

—Hola —contestó.

Siguiendo las indicaciones del enfermo y, particularmente, para aliviar la tensión que me ganaba, decidí hablarle de hechos pasados. Me sentía apurado y sin saber por dónde comenzar. Dedicándole la más amistosa de mis sonrisas, agregué:

—¿Me conoces?

—No.

Aunque pueda parecer que sus contestaciones llegaban rápidas, he de hacer constar que sucedía todo lo contrario. ¡Tardaban horrores!

Aquello era terrible. ¡Albert parecía un despojo humano! Daba lástima contemplarle. ¿Sería posible que, algún día lejano, volviese a recuperar su antigua personalidad? Quise tener confianza en el futuro y no repliqué a mi propia pregunta.

—Soy Frank. No puedes haberme olvidado. Frank Miller… el que se sentaba a tu derecha en el banco de la *Pillow School*.

—No —replicó segundos después.

—¡Claro que sí! Hacíamos los problemas a medias y los domingos por la mañana acompañábamos al señor Stone al campo de golf. ¡Qué tiempos aquellos! Lo recuerdas, ¿verdad?

—No.

Era exasperante. Sus ojos —¡sus frías pupilas de cadáver!— me taladraban a cada mirada, penetrando hasta los huesos. La maldita silla, fija en el suelo, hacía que me sintiese extraño y aturdido. Traté de entrarle por otro lugar.

—Desde pequeño te atraía la aviación. ¿Aún conservas la maqueta del *Spirit of Saint Louis*?[8]. Eras un experto aeromodelista.

—Aviación…

—Te gustaba volar. Remontarte más allá de las nubes. Contemplar el sol más de cerca que ningún otro habitante del mundo. Decías que te sentías como un pájaro… libre y dueño del espacio. Yo sé que volverás otra vez a sentarte ante los mandos de un aparato y…

—Sí… Aviación…

No significaba mucho; pero me congratulaba haber conseguido arrancarle de su laconismo negativo. Aquel terreno, que constituía su más cara afición, le despertaba recuerdos mejor que ningún otro. Continué:

—Obtuviste la cartilla de piloto a los veinte años… ¡Qué fiesta dimos en tu casa de Springfield! Creo que fue entonces cuando besamos a Betty por primera vez. ¡Los dos a un tiempo!

—¡Betty!

El grito me estremeció. Se incorporó igual que impulsado por un resorte mecánico. Había cerrado las manos, convirtiéndolas en duros puños, y respiraba anhelosamente. La emoción le sacudía con violencia.

—Betty… —repetí—. ¿Te dice aleo ese nombre? ¡Tienes que saber a quién me refiero, Albert! Yo soy Frank… ¡Tu amigo Frank Miller! ¡Siempre fuimos juntos los tres!

—¿Qué tres? —rugió con la sonoridad de un tiro.

—Nosotros. Betty, tú… y yo. ¡Haz un esfuerzo, muchacho! He venido adrede desde Illinois para traer algunos recuerdos a tu memoria. ¡Y lo estoy consiguiendo! No me dejes en mal lugar. ¡Hay tantísimas cosas de las que podría hablarte! ¿Me reconoces ahora?

—Frank… —volvió a dejarse caer en la silla, más calmado—.

Frank…

—El mismo. ¿Quieres que te hable de nuestras hazañas?

—Frank… Betty… —monologó, esforzándose en extraer algún valor positivo de los nombres—. ¿Hazañas?

—¿Qué pasó cuando fuimos a robar manzanas al huerto de Ana Potter? Un susto terrible, ¿eh? A ti, te pilló su marido cuando bajabas del árbol y…

—¡Frank!

El grito fue semejante al de antes y hubo algo de revelador en su posterior exclamación. Una emoción rara y nerviosa me dominaba. Pensé en aquello de “delicadísimo cristal al que un choque demasiado brusco transformaría en añicos”, que dijo Parsons.

Pero existía algo evidente. ¡Revelador! Tuve la absoluta certeza de que Albert comenzaba a recordar, filtrando retazos fragmentarios a través de la espesa maraña que ocupaba su congelado cerebro. ¡Recordaba!

Salté de la silla y corrí hacia él, tendiéndole las manos amistosamente. No voy a perder el tiempo analizando sensaciones. Algo ocurrió dentro de él y es indudable que la comprensión azotó los rincones de su subconsciente.

A partir de aquel momento, la situación abandonó la lentitud y se hizo vertiginosa. Un remolino pasional. La evidencia vino a demostrarme que sus recuerdos no eran, ciertamente, lo más selecto de nuestra vida. Es duro de confesar. Pero, respecto a mi persona, Alberto Sutton… ¡rememoró lo peor!

—¡No me toques! —ordenó con fiereza—. ¡No te acerques a mí!

—P… pero… Oye, Albert, ya… ¡Yo soy Frank! ¡Tu amigo de la infancia! ¡Tu amigo de siempre!

—¿Amigo? ¡Un canalla y un Judas es lo que eres!

Me sentí como si acabasen de propinarme un estacazo.

—Escucha…

—¡Frank! Ya sé. Frank… ¡el malvado de Frank Miller!

Los ojos helados se convirtieron en ardientes carbunclos de fuego. ¿Malvado yo? Dejó el asiento y avanzó hacia mí, paso a paso, inexorable como una máquina de triturar. Yo, tragando saliva, no quise moverme del sitio. Sería nefasto demostrar que me aterraba su solo aspecto. ¡Pero me aterraba!

Porque Albert Sutton, de improviso, adquirió la apariencia de una tercera persona desconocida hasta entonces. No era el mocetón jovial y bromista de antaño. Ni, tampoco, el inexpresivo polichinela de poco antes. ¡Cualquiera le hubiese creído un demente en su fase más violenta y agresiva! ¡Vibraba la virulencia y el odio en cada palabra!

Las venas se hinchaban en su frente, abultadas y azules. Una espuma blanca, jabonosa, brotaba junto a las comisuras de sus labios.

Las manos, abiertas como zarpas, oscilaban al lado del cuerpo... ¡dispuestas a cerrarse en torno a mi garganta! ¡Y el ansia homicida le brotaba por todos los poros de su cenceño cuerpo!

—Frank... ¡Te conozco bien! —chilló—. ¿Quién me puso la zancadilla aquel día de lluvia?

—Éramos chiquillos... Jugábamos a...

—¡Me cubrí de barro al caer encima del charco! Tú sabes que en casa me castigaron severamente. ¿De quién fue la culpa? ¡De Frank Miller!

—Cálmate. ¡Domina esos nervios, Albert!

—¿Y los patines? ¿Por qué escondiste mis patines en el sótano? ¡Me obligaste a llorar y no te importó que casi enfermase de rabia! Todo se lo debo al mismo. ¡Frank Miller, mi inquisidor, el grandullón causante de tantos disgustos!... ¡Frank Miller! ¡Frank Miller! ¡Frank Miller!

—¡Por Dios, Albert! Esas son travesuras de la infancia...

—¡Cállate! Ya voy recordando otros sufrimientos más cercanos... ¿Y Betty? ¿Por qué no la dejas en paz? ¡Es mía! ¿Lo oyes? ¡Mía! Creo que sólo me veré libre de ti... ¡cuando te mate! ¡Esta puede ser la mejor ocasión!

Pese a mi empeño, y vista su diabólica cólera, había dado unos pasos atrás. La pared me bloqueaba la espalda. Quizá no he alcanzado a describir adecuadamente la escena; pero aquella cámara sin adornos, donde resonaban las voces alteradas y una amenaza absurda de muerte acababa de ser proferida con odio por mi mejor amigo, me recordó una tumba medieval y siniestra. ¡Albert quería matarme! Yo, que acudí deseoso de ayudarle en su desgracia... ¡me sentía atrapado por el vértigo de una perspectiva demencial!

En ocasiones como la presente —por estúpido que parezca— la mente no razona con excesiva lucidez. Ante mí gesticulaba un loco. ¡Yo no podía considerarle honestamente de otra forma! Un loco, por añadidura, cuyo máximo anhelo consistía en aniquilar las peores impresiones de su subconsciente... ¡destruyéndome!

—¡Albert! —aullé salvajemente.

—¡Te mataré! —prometió, saltando sobre mí.

Los doctores que más tarde se entrevistaron conmigo insistieron en que nunca habría sido capaz de cumplir la amenaza. Tal vez no les faltaba razón. Pero entonces, en el paroxismo de la excitación, Albert era peligroso y al arrojarse sobre mí, perdí la cabeza.

Sus manos, de dedos huesudos y fríos, atenazaron mi cuello. Encogí los hombros, tomé fuerzas y descargué un puñetazo brutal en su descubierto estómago.

¡Zap! El puño se hundió en la carne y Albert quedó encogido, hecho un ovillo gimiente y trémulo. Antes de que lograse dominar mis

impulsos, actuando por instintiva intuición, le apliqué un gancho con la izquierda que estalló secamente en su barbilla y le envió al otro lado de la estancia con la rapidez de un proyectil. Chocó contra la pared, abrió los brazos y se derrumbó igual que un saco vacío.

—¡Señor Miller! —oí gritar al agente Parsons, que entraba atropelladamente—. ¡Ha podido matarle!

—Eso es lo que pretendía hacer conmigo —rezongué.

—Sáquelo de aquí —ordenó el enfermero señalándome con el pulgar, mientras se arrodillaba junto al desmadejado Albert—. ¡Vamos, salgan! Yo me ocuparé del paciente... ¡Que no le vea si abre los ojos!

Hasta aquí he llegado y de aquí no pienso pasar. Es desagradable para mí.

Aquella misma noche, tras cumplir algunas formalidades de puro trámite burocrático en aras de información sobre el enfermo, tomé el avión de regreso que me llevaría a Springfield. En el aeropuerto, Parsons me despidió fríamente.

—No creo que el experimento haya servido de mucho —comentó—. Es usted un salvaje, señor Miller.

Le miré desde mi elevada estatura y fruncí las cejas. No me hizo gracia su tono. Ni el contenido del reproche.

—Me habría gustado verle ocupando mi lugar —repliqué, luchando por dominar el enojo—. Pero quizá ese dichoso experimento tenga más importancia de la que usted le atribuye. Albert ha recordado.

—Sí. Mas usted nunca debió pegarle.

—¿Por qué?

—Tal vez éste sea el recuerdo más vivido que conservará su mente en blanco. Ahora, impreso indeleblemente, sabe lo que significa castigo y dolor. Sus pensamientos no van a ser nada apacibles, se lo aseguro.

—Siempre es bueno poder echar la culpa a alguien.

—No le quepa duda de que usted la tiene, señor Miller. Costará mucho inculcarle estímulos de bondad y perdón.

Le volví la espalda y anduve hacia el avión que aguardaba. Desde aquí —con la mano puesta sobre el corazón— les confieso que mi acto meramente defensivo poco o nada influyó en la nueva psicología que tomaba cuerpo dentro de Albert.

El doctor Sheridan fue profético en sus teorías. Ahora estaba seguro de una cosa y sus palabras, que parecían volver a sonar en mis oídos, me reafirmaban en la creencia: Mi amigo poseía un cerebro parcial, *defectuoso*.

Los acontecimientos posteriores, contra todo vaticinio, vinieron a darme la razón. Y para ello, sólo tuvimos que esperar el breve plazo

de un mes. Digan lo que digan los médicos, pese a cualquier diagnóstico, un simple puñetazo no vuelve loco a nadie… si previamente no lo está de sobra.

CAPÍTULO VI

LOS EVADIDOS DEJAN RASTRO

Nunca me ha gustado mentir y por ello tuve —en honor a la verdad— que relatarle a Betty todo el desdichado incidente en la cámara blanca y negra. Mi conciencia quedó tranquila y, además, sirvió para ofrecerme una cara prueba de su sincero amor.

—Creo que obraste como cualquier otro ser humano hubiese hecho en tu situación, Frank —fue el comentario—. La defensa es un instinto atávico.

—¡Qué gran alivio oírtelo decir, nena! La verdad, no sé si debo achacarlo a sugestión; pero ya empezaba a sentir remordimientos y esa vaga sensación de culpabilidad...

—¿Por qué? ¿Acaso fuiste tú el atacante? No —puso una mano cariñosa en mi antebrazo—. Albert se arrojó sobre ti. El mismo instinto reflejo te impulsó a la defensa. Todo lo que se diga en contra, lo considero movido por el afán de sacar las cosas de quicio. Y, con los mejores respetos para los doctores, me parece una solemne tontería su opinión.

—Gracias. Me has devuelto media vida.

—Ya lo veo. Te preocupas demasiado. Mira, Frank. ¿Quieres que tomemos un acuerdo? Olvidémonos del *Gild,* del cometa y de las trágicas consecuencias que originó el lanzamiento. Ya es demasiado. Deja que esos técnicos que luchan por vencer y dominar al espacio hagan sus averiguaciones. Nosotros, a lo nuestro. La sombra de Albert se interpone entre los dos a cada instante. Hace tiempo que debimos adoptar esta decisión.

Nos hallábamos paseando por el enarenado sendero que atraviesa el hermoso parque de Springfield. La fronda de los árboles y el laberinto de macizos invitaban a la paz, a la serenidad. Era una tarde de sol tibio, a finales del invierno.

Por primera vez comprendí que afrontábamos el problema enfocándolo desde su ángulo justo. Al fin y al cabo, la primavera se aproximaba y dos personas dispuestas a unir sus vidas no pueden eludir temas escabrosos por simple pudor o indelicadeza.

El problema de Albert nos alcanzaba con bastante intensidad. Era un pedazo latente del pasado que, de continuo, nos turbaba. Seguimos paseando, cogidos de la mano, y estoy seguro de que la sombra oscura que proyectaba empezó a suavizarse hasta difuminar sus duros perfiles. Aquella tarde, Betty y yo nos sentimos fundidos en una sola ideología espiritual y en total conjunción física.

—Celebro que pienses como yo, Betty —contesté al fin—. El acuerdo queda tomado desde este momento.

—Así debe ser, Frank. Basta de fantasmas. Aprecio a Albert... Le aprecio, a pesar de lo sucedido. Pero no podemos vivir encadenados a un recuerdo que nos amarga la existencia y amenaza nuestra felicidad.

—No te pido que lo olvidemos por completo. Ya sé que ello resulta fácil de proponer... aunque los propósitos no siempre acaban por llevarse a la práctica. Además, creo que mentiría si te asegurase que voy a olvidarme de todo. Costará algún tiempo. Es lógico. La entrevista de la cámara ha dejado fuerte impresión en mi ánimo. Debías haberle visto cuando pronunció tu nombre...

Betty impidió que continuase, poniendo su dedo índice sobre mis labios.

—Chitón —dijo, sonriendo—. Hablemos de otra cosa. ¿Sabes que pronto voy a casarme con el hombre más... más alto del mundo?

—Sí —afirmé, riendo también—. No sé si harás buena pareja con él.

—Desde luego. Le conozco a la perfección. Y nos amamos... ¡Nos amamos con toda el alma!

Bien. La dicha volvía a favorecernos y entonces habría apostado mi vida a que no existiría causa capaz de empañarla.

Aquella, tarde —gozando del ocaso en el parque— Betty y yo no volvimos a hablar de la espinosa cuestión. No estoy seguro; pero creo que ni siquiera lo hicimos en los días siguientes. El acuerdo había sido tomado con firmeza. Ni ella ni yo teníamos el propósito de quebrantarlo.

A cada momento que transcurría, me hallaba más plenamente identificado con el criterio del doctor Sheridan sobre las posibles repercusiones mentales que el enigmático shock sideral produciría en Albert y su compañero de vuelo.

Había puesto el dedo en la llaga, como vulgarmente se dice. Y lo curioso del caso era que lo puso antes que los demás especialistas, incluidas las lumbreras médicas que ahora los atendían en el sanatorio de Washington. Cada una de sus frases —que yo no lograba alejar de mi imaginación— retumbaba con ruda persistencia.

La señora Sutton —con quien siempre nos unió excelente amistad — había optado por retirarnos el saludo a Betty y a mí. Lo mismo ocurrió con otras personas de la ciudad, posiblemente enteradas de mi escabrosa entrevista con Albert. La historia corría de boca en boca y empezó a hacérseme insoportable.

Mi desdichada actuación era la comidilla de desocupados, murmuradores y graciosos. Lo peor del caso es que la versión iba perdiendo realidad y se servía deformada según el gusto y la inventiva del narrador.

Según la última historia que circulaba por Springfield, yo me había gozado con la desgracia ajena y hasta abusado de la manifiesta debilidad del enfermo…

¿Para qué seguir? Frank Miller pasó a interpretar el papel de lobo feroz y Albert Sutton, si no el de Caperucita, cuanto menos el de la oprimida y esclavizada Cenicienta. Por aquel entonces yo perdí muchas simpatías. Pero nunca lo he lamentado. Hay amistades que solo lo son de intención; jamás de obra.

Les hablé antes de que un mes fuera el plazo de espera que nos separaba de los subsiguientes acontecimientos. Aproximadamente, día arriba o día abajo, transcurrió ese tiempo. Betty me dio la noticia. No exagero al asegurar que se hallaba poseída de verdadero espanto.

Alrededor de las ocho, pasé a recogerla por la redacción del periódico como ya era costumbre establecida de mutuo acuerdo. Ella me esperaba en la acera, delante de la puerta acristalada del compacto edificio de ladrillo rojo. Detuve el coche junto al bordillo, la dediqué una sonrisa de saludo y accioné el tirador de la portezuela, dejándola abierta para que se acomodase a mi lado.

Betty lo hizo de un salto. Con inesperada prisa. Los maravillosos ojos eran todo un estudio de expresión al envolverme en su mirada acariciadora y subyugante. Pero había un trémolo en los labios de cereza y una arruga de preocupación en la sedeña frente.

—¡Frank! —dijo exclamativamente—. ¡Algo malo va a suceder! ¿Conoces la noticia?

No. Yo no la conocía. Estaba muy lejos de imaginaria siquiera. Además, su forma precipitada de hablar me puso sobre aviso de peligros, y apenas mentalicé dos deducciones absurdas.

—¿Te has peleado con Martin? —sonreí, colocando la tercera y volviendo al centro de la calzada con suave acelerón.

—¡Albert y Sylvester se han fugado del sanatorio!

Creo que hubiese esperado cualquier cosa… menos aquella revelación. No dije nada, de momento. En mi cabeza se formó un muro espeso, impidiendo que pensara cuerdamente. ¡Evadidos!

La idea de una fuga no encajaba bien en el terrible asunto del espacio, el *isotocom* de von Boutcher y lo ocurrido con los tripulantes del *Gild*. Algo sonaba a falso. Sin embargo, lo único falso que existía era mi fingida tranquilidad.

—¿Cómo lo has sabido? —rezongué, al poco.

—Acaba de comunicarlo por teletipo nuestra agencia informativa de Washington. ¡Estuve tentada de llamarte por teléfono! ¿Te das cuenta, Frank? Albert ha obtenido la libertad… ¡sin detenerse ante el asesinato!

No sé qué habrían hecho ustedes en mi caso; pero yo, simplemente, me quedé asombrado. El semáforo del cruce con la

National Avenue acababa de marcar la luz roja. Detuve el coche mecánicamente junto a la trasera de un turismo azul.

Acaso Betty esperaba mis juramentos y, en ese aspecto, la defraudé. Decidí tomar las cosas con fría calma, ya que consideraba la única postura lógica de hacer frente a los inevitables.

—Dame detalles —pedí.

—¿No me has oído? ¡He dicho que Albert...!

—Ya lo sé, Betty. Y no creo que sea suficiente razón para dejarse ganar por histerismos. Tú eres la primera a quien aconsejo dominar los nervios. Hablemos con sensatez, por favor. La noticia me deja tan sorprendido como a ti. Pero te ruego que aceptemos los hechos objetivamente...

—¡Objetivamente! —rechazó—. ¡Tengo la carne de gallina, Frank! Cualquiera es capaz de adivinar la serie de destrozos que pueden causar dos locos sueltos...

—Hay algo llamado Policía. Ellos se ocuparán de seguirles la pista y darles alcance. Serénate, ¿quieres? Sin cómplices en el exterior, no podrán ir muy lejos. Vuestra agencia en Washington transmitirá la noticia de su captura esta misma noche.

—Deseo creerte. Pero no puedo, Frank. Estoy horrorizada. Inexplicablemente, lo admito. ¡Horrorizada de cabeza a pies! —concluyó.

La luz verde de paso franco brilló en el semáforo. Arranqué. Seguí el mismo camino del turismo, porque comprendí que no convenía dirigirnos en línea recta al domicilio de Betty.

—No hay nada que temer —repuse, tratando de consolarla—. A diario se escapan dementes de manicomios... y nadie se entera de ello. Ahora ocurrirá igual.

—¿Y si no los detienen? ¿Y si sus mentes perturbadas traman alguna barbaridad contra...?

—¿Quieres darme detalles, Betty? Tranquilízate. Excitándonos no vamos a ningún sitio.

Avanzábamos mezclados entre el tráfico rodado. Di vuelta al volante y nos metimos por una calle adyacente, alejándonos del bullicio ciudadano del centro. Reduje la velocidad. El ronroneo del motor nos serenó al fin.

—Ha sido esta madrugada —explicó—. El personal del sanatorio trató de mantenerlo en secreto; pero tú ya conoces a los periodistas...

—Sí. Voy a casarme con un bonito ejemplar de esa especie. Lo averiguan todo.

—No sé si Martin se decidirá a publicarlo enseguida, porque la agencia dio la información con las reservas del caso. Parece ser que Albert y Sylvester habían adoptado un extraño sistema de comunicación... Se entendían entre sí sin que nadie lograse entender

sus conversaciones... Eso inclina a creer que la fuga estaba premeditada desde bastante tiempo atrás. Su mejoría permitióles cierta libertad de movimientos... ¡y aprovecharon la ocasión!

—¿De qué forma se entendían? ¿Lo sabes?

—¡A silbidos!

—¿Eh?.. —tomé una curva y cambié de marcha—. ¡Vaya lenguaje!

—Silbaban desde poco antes de ser trasladados a Washington. Ahora se sospecha que compusieron una clave privada y así comunicaban sus más íntimos pensamientos por este procedimiento. Naturalmente, planearon la fuga con todo detalle... y ante los propios vigilantes del sanatorio. Lo terrible es que han vertido sangre inocente para escapar. Albert llamó al vigilante esta madrugada —siguió—. Se ignora lo que pudo decirle; pero, por algún medio desconocido, había logrado apoderarse de un vaso. Ésta fue el arma homicida.

—¿Un vaso?

—Lo rompió en pedazos, sofocando el sonido dentro de la almohada. ¡No puede negarse lo retorcido de su maldad! Empleó el fragmento más grande para agredir al guardián... ¡utilizándolo como cuchillo! Con el cortante borde de cristal le produjo un largo tajo en la garganta, seccionándole la yugular. El interno de guardia en la planta baja se había dormido, según confesión propia. De todas formas, no habría podido verlos, porque se evadieron por la cocina, y escalaron la verja del jardín hasta salir a campo abierto. Claro, que el interno hubiese llegado a escuchar el ruido de la pelea y dar la voz de alarma. Pero Albert y Sylvester debían tener estudiado su plan a conciencia. El empleado del sanatorio es reincidente, puesto que un inspector de ronda ya le pilló en otra ocasión anterior desentendiéndose de la guardia. Estoy segura de que ellos tuvieron en cuenta tal posibilidad...

—Lo cual demuestra que Albert mejora, puesto que hace funcionar su inteligencia.

—La mejoría le ha convertido en un asesino, Frank. ¡Ha matado para escapar!

—El acto propio de un irresponsable. Creo que ningún tribunal del país, conocidas las circunstancias que concurren en su caso, fallaría una sentencia condenatoria.

—No es eso lo que me preocupa. ¡Está libre, Frank!

—¿Y qué?

—Ya oíste al doctor Sheridan. “Cerebro parcial”. Lo que antes era bueno, ahora es malo para él. No sé cómo explicarlo, pero...

—Te comprendo. Y creo que vas más allá de los razonamientos lógicos. Siento lo ocurrido. Un hombre ha perdido la vida y dos maníacos incontrolados andan sueltos por Washington. A pesar de ello, sigo creyendo que no tenemos motivos de inquietud...

Esta misma frase tuve que repetirla media docena de veces en el corto espacio de una hora. Betty, sinceramente, se hallaba aterrorizada. Sabía muy bien por dónde nacían sus temores. Mi borrascosa entrevista de un mes antes adquiría entonces potente significación.

No es que yo estuviese más tranquilo que ella, También dirigía las sospechas hacia una posible venganza. Pero esto, una vez razonado, resultaba inverosímil en una persona de las características mentales de Albert Sutton. Él —a mi entender— sólo quería la libertad. Abandonar su encierro. Volver al aire y a la luz del sol.

Sin embargo, la evasión era una absurda y sangrienta esterilidad que a nada conducía. Serían descubiertos y atrapados en las próximas veinticuatro horas. Eso creía yo entonces. Curiosa teoría… pero equivocada por completo.

El rastro de los evadidos comenzó a quedar señalado de forma clara y definida. Al menos, yo lo creí así. El empleo de Betty fue, en realidad, una inestimable fuente de información y gracias a él conseguimos sucesivas noticias. Resulta duro confesar que, pese a todas las medidas adoptadas, ni la policía federal ni la metropolitana encontraron pistas seguras de los prófugos…

Nunca sabremos si alguien más ayudó a su huida o contaron eficaz colaboración exterior, una vez fuera del sanatorio. Como ya he dicho en otra ocasión, me limito a referir lo que sé, los acontecimientos que más directamente afectaron mi vida. Este asunto tuvo, desde que se planteó, infinitas sombras y constantes misterios.

Acaso lo más sombrío y misterioso se produjo en el espacio, rozando los mil kilómetros de altura sobre la superficie de la Tierra. Es improbable que algún día se averigüe a qué obedeció su mal y la consecuente locura posterior. Lo único concreto, es el hecho de que un cohete fue disparado desde la Base Wendower y, a su regreso, los dos tripulantes habían sufrido la rara metamorfosis que nadie pudo explicar convincentemente ni entonces ni ahora.

Admitido esto —por palpable e incuestionable— lo que aconteciera después era, si no lógico y asimilable, fruto directo del misterio inicial que creó el eslabón de la cadena de enigmas.

La noche de la fabulosa fuga, me despedí de Betty después de besar sus labios temblorosos, y tuve la completa certidumbre de que ninguno de los dos lograríamos descansar lo suficiente. Así fue.

Di vueltas y más vueltas en la cama, desesperando al fin de conciliar el sueño. Creo que faltaría poco para el amanecer cuando salté del lecho, me serví un par de dedos de *whisky* como tonificante nervioso y fumé unos cuantos pitillos acodado en la ventana, gozando del fresco nocturno.

Sobre mi cabeza, a millones de kilómetros de distancia, brillaban

los puntos de luz estelares en el negro y vastísimo firmamento. Astros y mundos inalcanzables. Vacío poblado de cuerpos gravitantes en los que, tal vez, latía la vida con características diametralmente opuestas a la humana. De allí, iniciado por una cola chispeante de cometa, había venido el misterio total.

No pude evitar estas reflexiones aunque me esforcé en ello. ¿Han mirado ustedes el cielo por la noche? ¿No les sobrecoge su grandeza e infinitud? Miles de millones de ojos encendidos contemplaban a la indefensa Tierra dormida y silente. Cualquier amenaza, por increíble que parezca, puede llegar en el momento más inesperado, surgiendo de aquellos astros cuyo tamaño es tan superior al de nuestro Mundo que no admite parangones.

Tal vez me dejé arrastrar por una sugestión irreal, del todo imaginativa. O el *whisky* tuvo la culpa. Pero —lo confieso— respiré con alivio cuando el cielo empezó a clarearse y la faz dorada del tibio Sol borró de mi vista las constelaciones de estrellas y las insidias que su sola visión producían en mi ánimo.

Tres días después —gracias al infatigable buceo de Betty en la redacción— puso ante mis narices una noticia vulgar recogida por uno de los corresponsales de Tom Martin en el Sureste. La transcribo íntegra, tal como Betty me la ofreció. Decía:

“Pine Bluff (Arkansas), 15. —La sucursal del *Needle & Sonn Bank* fue asaltada a últimas horas de la tarde de ayer por dos desconocidos cuyas características apenas pudieron ser advertidas por los empleados del banco, debido a la rapidez extraordinaria con que se produjo el asalto. Se introdujeron, pistola en mano, un minuto antes de cerrar las puertas al público y actuaron en todo momento como personas conocedoras del terreno que pisan. Solo hablaron para amenazar al cajero y personal. El resto del asalto fue dirigido por el más alto de los atracadores mediante cortos y extraños *silbidos*. Se dieron a la fuga en un automóvil no identificado, después de obligar al personal a penetrar en la cámara acorazada del sótano, que cerraron con la asesina intención de que pereciesen por asfixia. El importe del robo asciende a varios miles de dólares. El personal fue rescatado de su encierro al borde de la extenuación. La Policía inició inmediatamente sus pesquisas.”

Cuando aparté la vista del *suelto*, Betty mantenía sus ojos clavados en mí. Nos miramos. Yo me encogí de hombros y le devolví el recorte.

—¿Qué opinas? —preguntó.

—Pues…

—¡No me digas que es coincidencia, Frank! ¡Ellos necesitan dinero!

—Bien —medité—. No es coincidencia. Pero cualquiera anda siempre necesitado de un ingreso extra…

—Además... ¡está lo de los silbidos! ¡Todo concuerda!

—No sé lo que es *todo,* pequeña. Pero hay algo que espero me permitas alegar: No me imagino a Albert atracando bancos como un vulgar salteador de...

—¿Acaso te lo imaginas degollando enfermeros con un fragmento de vaso roto?

—No —convine instantes después—. Tampoco.

—¡Y él lo hizo, Frank! Bien pudo también robar la sucursal del *Needle & Sonn Bank* en Pine Bluff... ¡Estoy convencida de ello!

—Conforme. ¿Qué piensas hacer?

—Creo que eres tú, y no yo, quien debe tomar la decisión. Quédate el recorte. Di'selo a Trevor Taxon. Es hombre influyente y tal vez...

Aquella noche me entrevisté con mi jefe en su domicilio particular. Leyó la noticia, hablamos largo rato y, al fin, acabó riéndose de tanta infundada prevención.

—Se encuentra bajo una fuerte impresión mental, Miller, que tiene todas las apariencias de una pesadilla —comentó—. No saque conclusiones precipitadas. Seríamos el hazmerreír del país si prestásemos oídos a unas sospechas tan fútiles. Ya sé en qué basa su argumento: Los silbidos. Muy bien. Sutton y Sylvester *no pueden ser* las únicas personas del mundo que emplean este medio de expresión... ¿Conoce usted a mi hijo Perry? Tiene nueve años. El vecino de abajo y él se llaman de esta forma cincuenta veces al día. Y, la verdad, no creo que Perry esté loco o haya contraído enfermedades cósmicas después de pasar por la cola de un cometa...

Me tomó a chanza. Pero no fue solo él. Comenté el hecho con otras personas, tratando de ganar adeptos... y la mayor parte palmearon mi espalda con esa afectuosidad que se dedica a los chiflados.

En el fondo, yo también me consideraba un poco chiflado. Betty, por el contrario, sostenía que estaba en mis cabales y no cejaba en su empeño para que promoviese un alboroto hasta en Washington, si era preciso. No lo creí necesario y, días después —mientras almorzábamos en el automático de la Calle Veinte— a través del programa de televisión captamos otra noticia inconexa. Fue en el espacio dedicado a sucesos.

La pantalla mostró incendios, las zonas devastadas del último ciclón que azotó la costa baja de Florida —por supuesto, bautizado con nombre de mujer— y, finalmente, el cadáver de un policía de carreteras que había sido encontrado en la ruta Denver-Brighton... degollado y oculto bajo los zarzales de un bosque próximo.

—Un asesinato misterioso e incomprensible —amplió el *telespeaker*—. Monstruoso. Sin duda, causado por un loco. El agente

Malcom, de la Patrulla de Inspección de Carreteras, habíase distinguido siempre por su celo y honradez en el cumplimiento del...

Betty dejó escapar el tenedor de la mano, que se estrelló contra el plato. La miré. Había palidecido. Enjugué mis labios con la servilleta de papel y dije, muy quedo:

—Basta, nena. Es demasiado. Llamarás la atención. ¿Por qué no...?

—Se trata de ellos —atajó con terrible convicción—. Lo sé, Frank. Lo sé *a ciencia cierta*.

Se abrió un silencio entre los dos; un silencio contemplativo y espeso. Me irritaba su actitud. La creía descabellada e impropia de un ser normal. Recuerdo bien que en aquel silencio la voz del locutor sonaba atronadora.

—...El agente Malcom empuñaba su revólver y faltaban tres balas en el cilindro. Los detectives de la Brigada mantienen la esperanza de que disparase contra su atacante antes de morir, ya que los proyectiles no han sido hallados por las cercanías del bosque...

Arrugué y dejé la servilleta sobre la mesa. Eché la silla atrás. Betty, al fin, bajó los ojos. Parecía avergonzada.

—Vamos —dije—. Un poco de aire te sentará bien.

Estas cosas no tienen la misma importancia descritas que vistas y por ello, les invito a que traten de situarse en mi lugar durante un momento. Salimos del automático afectados y ceñudos.

Prácticamente, el día fue una sucesión de malos humores para ambos. Yo trabajé con desgana y ella perdió el tiempo en la redacción. Por la noche, roto el hielo, logramos reconciliarnos a medias.

—Hay que adoptar una determinación, Frank —pidió Betty—. Así no es posible seguir viviendo. El sobresalto continuo acabará por enfermarnos.

—Eso temo. Y por mi parte, la decisión está tomada... ¡Al diablo Albert Sutton! —vociferé, dando manotazos al aire—. ¡No quiero volver a oír hablar de este asunto! Seamos consecuentes, Betty... Dentro de dos meses tú y yo habremos contraído matrimonio. De aquí a entonces, ese fantasma que nos envenena el cerebro y aterroriza cada hora del día, tiene que haber sido desterrado para siempre. ¿Entendido? Olvidémonos de todo y de todos, por favor. ¿Qué respondes?

Se abrazó a mí. Su boca buscó la otra boca y juntas, labios contra labios, nos besamos. Les doy mi palabra de que pensaba realizar lo que acababa de pedirle. ¡Basta de incertidumbres y sospechas!

Abominé de la “N.E.B.”, del espacio y de los cohetes interplanetarios. Me juré a mí mismo que pillaría una borrachera fenomenal si se me volvía a ocurrir el menor pensamiento relacionado con Albert.

Desde luego, falté al juramento y —lo que era casi peor— no tuve fuerzas para pillar la prometida borrachera de castigo. Yo mismo saqué a relucir la cuestión antes de una semana.

Digan lo que digan y piensen lo que piensen algunos, la intuición femenina es un don sobrenatural con el que Dios distinguió a las mujeres. Nosotros, los hombres, somos demasiado realistas y prácticos. Por eso muchas veces no vemos lo que sucede a cinco centímetros de las narices.

EL CAPITÁN JO SYLVESTER, EVADIDO DE UN SANATORIO ESTATAL, HA SIDO HALLADO MUERTO EN LAS PROXIMIDADES DE GREEN RIVER, WYOMING.

EL CADÁVER PRESENTA TRES BALAZOS EN LA ESPALDA.

LA POLICÍA HA AVERIGUADO QUE EL FALLECIMIENTO DEBIO OCURRIR HACE VARIOS DÍAS.

Estos eran los titulares del periódico matutino que adquirí al dirigirme a la oficina. La información, no muy extensa, se ofrecía en la cuarta página. Tal vez para la mayoría de los lectores pasó desapercibida. Yo —¡gran fatalidad!— tropecé con la noticia apenas abrí el periódico. Supongo que el encabezamiento no necesita de mayores comentarios.

Leí las dos columnas de cabo a rabo. Varias veces. Sabía que a Betty le sucedería tres cuartos de lo mismo. Esperaba que me llamase al despacho y, al no hacerlo enseguida, empecé a impacientarme.

Sí. Era tonta mi actitud, lo sé. Yo había ordenado *olvidar el asunto* a rajatabla. Me encrespé con ella y conmigo. Juré ahogar las penas con *whisky* si volvían las dudas.

Todo se vino abajo cuando el nombre de Sylvester apareció en letras de molde. No pude resistir por más tiempo la espera. Descolgué el teléfono y marqué el número en el disco. Un minuto después hablaba con Betty.

—Lo he leído —repuso, en contestación a mi pregunta—. Lo sé desde ayer, pero… pero preferí no decirte nada, Frank. Hubiese sido volver a suscitar la cuestión… y te quiero demasiado para amargarte la existencia. Celebro que la llamada haya partido de ti.

—Esto es muy elocuente, Betty.

—Por supuesto. En el número vespertino leerás una ampliación al reportaje. Yo puedo anticiparte algo.

—¿Qué es ello?

—Las balas extraídas del cuerpo de Sylvester presentan el rayado exacto del cañón del revólver de Malcom. Fueron disparadas con su arma.

—¿Malcom…?

—El agente de carreteras.

—¡Vaya! Eso significa... —empecé.

—Significa que interceptó el coche donde viajaban Albert y su camarada —aclaró—. Que ellos, en efecto, asaltaron el banco de Pine Bluff. Que disparó contra Sylvester y no pudo hacer lo mismo con Albert. Y por último, que Sylvester llevaba varios días cadáver cuando fue hallado. Albert debió intentar curarlo y, al agravarse las heridas, se desprendió del estorbo. Ahora está solo y va marcando un rastro de sangre, Frank. ¿Cuál será su próxima víctima?

—Hablaré con Taxon —gruñí—. Hasta luego.

Tenía razón. Toda la razón. La tuvo desde el primer instante.

Así se lo dije a mi jefe quien, contrariado, frunció el ceño y se dedicó a mordisquear la boquilla de su sempiterna pipa inglesa.

—Deje el asunto en mis manos —determinó—. Creo que ha llegado el momento de tomar cartas en la partida. Son demasiadas coincidencias para que podamos equivocarnos.

—No hay error —dije, seguro.

—Bien, Miller. Descanse. Yo me ocuparé de mover el engranaje oficial... ¡Ah! —apartó la pipa y sonrió a medias—. Esa muchacha... Betty Gunn... ¿cree usted que merece la pena arriesgarse a ser su marido? Es lista. Descubriría inmediatamente la menor aventurilla. Búsquese otra novia menos sagaz...

—Soy formal, señor Taxon. No habrá aventurillas después de la boda.

—Mejor. Porque si las hubiesen... ¡ella lo sabría enseguida!

Reímos. Taxon se cree un humorista. Yo le aprecio lo bastante como para permitirle estas familiaridades, y no me molestó que sustentase tan detectivesca opinión de Betty.

Se puso aquella misma mañana en movimiento y habló con los peces gordos de la Junta para que removiesen influencias a fin de encauzar la investigación policial hacia las nuevas pistas que Albert dejaba a su paso. Me consta que les espoleó hasta el punto de comunicarles la misma clase de ansiedad que Betty y yo sentíamos.

Pero *el engranaje oficial* es lento por naturaleza. Pesado. Demasiadas manos, supongo. El exceso de formulismos a cubrir lastra la entrada en acción y —ahora lo sé bien-en asuntos de este tipo la rapidez posee decisiva importancia para el logro del éxito.

Una inmensa mayoría de las personas en cuyas manos descansaban los resortes gubernamentales calificaron los hechos de fantásticos. No veían relación entre la muerte del interno, el asalto a un Banco, el crimen de un policía y el descubrimiento del cadáver de Sylvester. La incredulidad cundió y, contra la incredulidad, no existe otra forma de pelea que un convencimiento absoluto.

Trevor Taxon batalló día y noche hasta conseguir que la

investigación federal atase los cabos sueltos que Betty y yo —fortuitamente y por razón del pánico que sentíamos— logramos encontrar.

Se mostraron fotografías a los empleados del *Needle & Sonn Bank*, los cuales identificaron al difunto Sylvester y a Sutton como los seguros asaltantes. La prueba balística del revólver de Malcom y los proyectiles alojados en la espalda del cadáver demostró también la correlación que existía entre ambos delitos. La red policial fue lanzada, tratando de pescar al atracador, asesino y prófugo, abarcando un amplio radio superficial cuyo epicentro se encontraba en Green River.

Lo más lamentable consistió en la pérdida obligada de otras dos semanas. Albert dispuso de tiempo suficiente para elaborar la parte del plan que se proponía realizar de inmediato. O dicho en otras palabras: mientras la Policía le buscaba denodadamente por Wyoming... ¡él se encontraba camino de Nevada!

Y fue en Nevada, precisamente, donde aconteció la más horrible de las tragedias a su cargo. Una conmoción que afectó al país en peso.

Volvimos a tener noticias suyas bien pronto. El propio Taxon, con gesto compungido, me participó lo sucedido. Lo diré sin rodeos: Gerhard von Boutcher había aparecido asesinado en su pequeña casa de campo. ¡Degollado de forma tan espantosa que casi parecía una decapitación!

Al conocer la verdad me quedé de piedra. Creo que, de forma subjetiva, casi llegué a prevenir algo semejante días atrás. Me lo callé, porque no veía fundamento alguno en qué basar mi temor.

La revelación me dejó atónito, tanto por la sorpresa, como por la dramática circunstancia de haber yo sospechado, siquiera con carácter accidental, que algo parecido pudiera llegar a suceder.

—Von Boutcher se retiraba a su finca de Tonopah durante breves períodos, para descansar de la agitación del trabajo —agregó Taxon—. El Gobierno está estudiando la fabricación en gran escala de su *isotocom* y, entretanto, se le concedió un permiso. Usted ya conoce a Gerhard von Boutcher. Era hombre pacífico y tímido. Prefería su solitario retiro al bullicio de la ciudad. Albert Sutton no debió tener dificultad en consumar el crimen...

—La Policía...

—Todos los agentes del país tienen orden de captura contra Sutton y es seguro que le detendrán de un momento a otro. Naturalmente, ni con cien muertes podría pagar ante la Justicia el daño causado a seres inocentes. Lamento que hayamos llegado tarde, Miller.

—Sí. Ha sido una pena. La nación ha perdido a un hombre de insustituible valía.

Aquella noche le conté a Betty cuanto sabía, y lloró. Lloró amargamente, desconsolada. Albert, nuestro amigo de la infancia, era un sádico asesino carente de conciencia y escrúpulos.

Su ansia desmedida de matar erizaba los cabellos. Tal vez —como se dio en explicar más tarde— el criminal instinto obedecía a una consecuencia inesperada de la enfermedad que le destruyó el cerebro y causó enormes trastornos orgánicos en su persona toda.

La última fase antes de la *locura absoluta* que, sin lugar a error, precedería a su descanso eterno. El doctor Sheridan le designó como *cadáver viviente*, y nunca encontraríamos una calificación más idónea pese a la incongruencia de ambas palabras juntas.

Ahora tenía dinero —producto del atraco—, estaba solo y desesperado, aparte de conocer el regusto indescriptible que los patólogos afirman sienten los asesinos natos al ver brotar la sangre. Volvería a reincidir.

Betty y yo llegamos a esta agobiante conclusión sin esfuerzo. Lo digo sinceramente: Más le habría valido regresar muerto de su salto al espacio.

Puede ser que el Hombre alcance algún día los planetas del Sistema Solar. Aunque nadie se atreve a prever, hoy por hoy, las increíbles experiencias que todavía aguardan a los valientes pioneros de la Era Interplanetaria que vivimos. Ellos, acaso, terminen por maldecir el progreso y odiar al Hombre como sólo el mismo Hombre es capaz de sentir aborrecimiento.

La última palabra aún está por decir. Tal vez la pronuncien nuestros hijos, o los nietos de nuestros hijos. No importa. Tengo la impresión de que será una palabra dramática como ninguna otra.

CAPÍTULO VII

LA SENTENCIA LLEGA

Pasaron dos días. Puedo afirmarlo exactamente, porque tras el asesinato de Gerhard von Boutcher contaba hasta los minutos con inexplicable desazón.

Vivía inquieto, sobreexcitado. Delante de Betty intentaba comportarme normalmente, ya que a ella le bastaba el simple rasgueo de un fósforo para saltar con todos los nervios alterados. Pero la zozobra, una sensación abismal y profunda, íbame perforando de modo lento, aunque progresivamente cierto.

Ya comprendo que a ustedes mi íntimo estado pasional no les interesa demasiado. Lo único que desean saber es el final de la aventura que empezó en Wendower Camp.

Creo, no obstante, que mi nerviosismo jugó un papel decisivamente importante en ese final que acabo de aludir. Sin duda, se me notaba. Trevor Taxon lo advirtió y, en secreto, obró por su cuenta. Al hacerlo, debió pensar en mi exclusivo beneficio. Yo ignoraba —y lo ignoré hasta el último momento— la gestión cerca de mí que él realizó a la chita callando.

Ni repitiéndole las gracias un millón de veces podría estarle lo suficientemente reconocido. Porque lo cierto, lo verdaderamente real, es que Betty y yo le debemos la vida por sus silenciosos desvelos. Pero esto voy a explicarlo cuando llegue su ocasión.

Insisto en que los dos días siguientes fueron de auténtica prueba.

Temíamos algo. Una de esas cosas indefinibles y, no obstante su imprecisión, ferozmente presentida. Betty sentía lo mismo y aunque procuré alejar tales amenazas intangibles de su imaginación, estoy por asegurar que no conseguí calmarla... ni calmarme.

Quizá todo se debía a que la muerte de von Boutcher nos impresionó con demoledora fuerza. Era un alma buena, y por entero subordinada a la Ciencia. Fue un golpe conocer la desgracia de su trágico fin.

Para no extenderme en pormenores y pasar de lleno a complacerles en su deseo, dejaré en blanco las incidencias de aquellas cuarenta y ocho horas, ya que, en verdad, forman parte de nuestra vida privada. Reanudaré el relato la tarde del miércoles, el día que Betty y yo dedicábamos a cenar fuera de casa.

Ello era costumbre entre nosotros, y nadie ignora que las costumbres acaban por convertirse en leyes. Sobre las seis y media, poco antes de que yo finalizase el trabajo en la oficina, Betty me llamó

por teléfono. Sus palabras consiguieron intrigarme.

—No me encuentro bien, Frank —dijo—. Dejemos en suspenso la cena de esta noche.

—¿Los nervios otra vez? —sugerí.

—Sí… Eso creo.

—Bueno. No importa. Pasaré a recogerte por la redacción…

—No… no he ido al diario.

—¿Por qué?

—Te lo acabo de decir: estoy destemplada. Me meteré en cama y espero que mañana haya pasado todo. Hasta mañana, pues, Frank.

—Un momento —opuse—. Esa decisión es muy radical. Iré a verte cuando salga del trabajo.

—No es preciso.

—Iré.

Hubo un instante de suspenso. Yo aguardaba su respuesta y ella no la ofreció enseguida. Pude escuchar su respiración agitada a través del auricular. La extraña indecisión me picó la curiosidad. Algo ocurría. ¡Algo inesperado!

—No te molestes —contestó, al fin—. Adiós, Frank.

Y colgó, sin darme tiempo para añadir nada más.

Yo, con el aparato todavía pegado al oído, empecé a darme cuenta de que el comportamiento no era el habitual en Betty. ¿Por qué renunciaba a cenar? ¿Qué motivos le impedían recibirme en su departamento amueblado como otras tantas veces? Decididamente, mi prometida actuaba de una forma rara.

Quizá, como aseguraba, estuviese enferma. O puede que todo fuera cosa de los dichosos nervios. Consideré una ineludible obligación averiguarlo.

La llamé acto seguido y el teléfono dio la señal de comunicar. Repetí más tarde… y siguió en las mismas condiciones. No tardé en comprender que lo había descolgado, precisamente para evitar ser molestada. ¿Se habría acostado ya?

Los nervios que a ella debían estar haciéndole pasar un mal rato, se apoderaron de mí. Ahora, después de lo ocurrido, sé que Betty intentó dejarme al margen de la cuestión y enfrentarse ella sola con el problema. Ignoro si los resultados hubiesen sido distintos sin mi intervención. Lo cierto es que decidí darme una vuelta por su casa nada más salir del trabajo. Y así lo hice.

Llegué a la calle Octava poco después de las siete y media. Estacioné el coche en el aparcadero de Sommerville House’s. A largas zancadas, fui hasta el *lodging* donde residía.

Conocía el terreno y subí familiarmente al sexto piso. Pulsé el timbre y esperé. ¡Esperé con honda expectación!

Es posible que alguno de ustedes haya adivinado lo que el destino

me tenía reservado a próximo plazo. En buena lógica, yo también debí sospecharlo antes. Pero acudí, con el corazón en la mano, a interesarme por el estado de salud de Betty. ¡Sin imaginar nada pernicioso! La intranquilidad que sentía por ella era la única idea que ocupaba mi cerebro.

La puerta continuaba cerrada. Pulsé el timbre otra vez, insistente. ¿Y si le había ocurrido algo malo? ¿Por qué tardaba tanto en abrir?

—¡Betty! —llamé—. ¿Te encuentras bien?

No hubo contestación; pero, en cambio, el peculiar chasquido que produce una cerradura al funcionar escuchóse al otro lado de la madera.

La puerta fue abierta. Betty, con el rostro tenso y los bellísimos ojos llenos de una fatiga extraña, me ofreció una sonrisa marchita.

Vestía traje de calle. ¡Traje de calle! ¿No dijo que iba a acostarse? ¡Si parecía dispuesta a salir!

—Llamé al despacho para evitarte el viaje —fue su saludo.

—No me gusta tu actitud, Betty. ¡Descolgaste el teléfono!

—Sí.

—¿Por qué? —grité—. Creo que vas a tener que explicarme algunas cosas...

—No debiste venir, Frank —musitó.

—Pero he venido. ¿He de quedarme en la entrada como un extraño?

—Pasa. Ha sido inevitable... Lamento que haya fallado lo que consideraba el mejor remedio.

—¿Remedio?

Hice la pregunta cuando ya me encontraba dentro del apartamiento. Antes de que cerrara la puerta, alargué la mano y la así por el brazo, un tanto colérico. ¡Me había mentido! Entonces, advertido por ese instinto anímico propio del ser humano, percibí la *tangible* presencia de una sombra a mi espalda. Una sombra silenciosa... ¡que se movía!

Giré el rostro. Un portazo retumbó con violencia al ser empujada la hoja por alguien *distinto* a nosotros dos. ¡Por la sombra!

Iba a soltar una exclamación sorprendida, pero el frío estremecedor del acero... ¡entró en contacto con mi frente! ¡El inconfundible cañón de un revólver!

—¿Qué diablos...? —gruñí, helado de espanto hasta los huesos.

—¡Quieto, Frank! Un movimiento y... ¡te destrozo el cráneo a tiros! ¡Palabra!

Me envaré. Creo que hasta dejé de respirar. El contacto duro de la boca de fuego en mi sien es una de las experiencias vividas que recuerdo con más horror... ¡Albert Sutton! ¡Me encañonaba por la espalda! ¡El largo *Scott* de seis tiros hízome el efecto de una batería

naval!

—Pasa —rezongó Albert—. ¡Adentro, querido Frank! ¡Yo te daré explicaciones!

Me empujó con rudeza, sin la menor muestra de afecto. Era un anticipo de sus intenciones. Vacilé sobre los pies, chocando contra la pared del recibidor. Betty sofocó un grito.

Todo sucedía tan rápida y furiosamente que apenas tenía tiempo de ordenar el caos mental de mi cabeza. Me sentía aturdido hasta lo inconcebible.

Quise revolverme para ofrecer la debida resistencia aun a riesgo de enfrentarme con el peligroso psicótico… ¡y el cañón del arma se hundió en mi estómago, lastimándome! Pegó con la misma saña que si pretendiese traspasarme.

—¡No hagas tonterías! ¡Es un aviso, *amigo* Frank!

Albert Sutton… ¡El loco de Albert Sutton en casa de Betty! ¡Y la policía buscándole por Nevada!

Pronunciaba la palabra *amigo* con especial y sarcástica entonación. Por supuesto, no sentía hacia mí el menor aprecio. Leí el odio en sus ojos mortecinos, y un bárbaro veredicto de asesinato en la cara surcada de arrugas.

Básicamente, seguía siendo el hombre anormal que encontré en la cámara del sanatorio de Washington. Pero había variado, al menos exteriormente.

Vestía buenas ropas de corte, lo que evidenciaba su próspera situación monetaria. Los blanquísimos cabellos aparecían ahora teñidos de color zanahoria y peinados con raya. Aquello cambiaba su aspecto notablemente y, sin duda, contribuiría a desorientar a la policía. Nadie buscaba a un loco, asesino y atracador… ¡pelirrojo! ¡Su mente mejoró con exceso en el último mes!

El antiguo aire ausente, idiotizado, estaba desterrado de la expresión. La cara resplandecía con brutal crueldad. ¡Era una fiera insaciable de sangre!

La mano que empuñaba el revólver no temblaba y, desde luego, tampoco habría vacilación en el dedo que podía oprimir el gatillo de un momento a otro.

—¡Vamos! —ordenó, atizándome un segundo golpe con el cañón.

El dolor me nubló la vista. Apreté los dientes y crispé ambos puños. ¡De buena gana me habría arrojado sobre él para aplastarle sin contemplaciones!

¡Maldito criminal…!

—¡No le hagas daño, Albert! —pidió Betty con voz tan sofocada que resultaba irreconocible en ella—. ¡Él te aprecia!

No. Yo no le apreciaba ya… entonces. Todo lo contrario. Ni creo que él sintiese por mí algo distinto a la fiebre que le impulsó a

degollar a sus otras víctimas. El esfuerzo de Betty por calmar sus iras resultó totalmente inútil. Albert me miró sin disimular el odio enfermizo y avanzó, paso a paso, igual que el día que acabó saltando sobre mí.

—¡Frank, *amigo* Frank! ¿No sabías que me pegó, Betty? —preguntó ásperamente—. ¡Él también forma parte de mi venganza! ¡Es uno de los que han contribuido a mi estado actual!

—No te das cuenta... de lo que dices —murmuró Betty—. ¿Ya no tienes confianza? Habíamos quedado en que te entregarías pacíficamente...

Empecé a comprender algunas cosas, entre las cuales se hallaba el motivo que impidió a Betty acudir a la cena acostumbrada. ¡Estuvo tratando de convencer al desequilibrado! Sin duda, confiaba en sus dotes de persuasión para obtener el resultado apetecido. Acaso se halló muy cerca de lograrlo... antes. Pero ahora, vista la actitud de Albert, no resultaba lógico abrigar esperanzas.

—Él y otros como él —agregó, clavando sus fríos ojos en los míos—. Todos se confabularon para perdernos. ¿No es cierto, Frank? Sylvester y yo hemos pagado las consecuencias de un experimento inhumano... Lo sabían. ¡Sabían bien que algo malo nos sucedería en el espacio! Aquel cohete nunca debió ser tripulado... ¡pero todos querían nuestro exterminio! ¿Qué contestas?

—Nada —gruñí.

—Pues habla. ¡Hazlo! ¡Quiero oír tus graznidos!

Movió la mano armada... ¡y descargó un golpe seco encima del caballete de mi nariz! Fue tan dolorosísimo que todavía no concibo cómo pude conservar el sentido. Rugí a causa del inmenso daño y traté de abalanzarme contra Albert. ¡Me enloqueció su cobarde sadismo!

Betty, animada por las mejores intenciones conciliadoras, se interpuso entre los dos, sollozando. Lo único que consiguió fue entorpecer mis movimientos y permitir al bestializado Albert que volviese a utilizar el cañón para contusionarme en la frente. Algo campanilleó en la cabeza, abotargándome.

Trastabillé. Creo que me así a un saliente de la pared. Las nieblas de la inconsciencia enturbiaban mi razón y advertí, en sueños, la calidez de la sangre que resbalaba hasta los labios. Betty me prestaba apoyo, oponiendo su cuerpo como pantalla ante la cólera de Albert.

—¡Déjalo!... —escuché entre nubes—. ¡Lo vas a matar!

—¡Forma parte de mi venganza! —insistió él—. Me escapé para castigar a cuantos tuvieron relación con mi desgracia...

—¿Y el agente Malcom? ¿Y el interno? —gritó Betty—. ¿Qué daño te causaron ellos?.. Quiero ayudarte, Albert. ¡Quiero ayudarte de veras!... Pero esa actitud salvaje contra Frank no contribuye a darme

ánimos... ¡No le pegues más!

Discutieron. El algodón inmaterial que taponaba mis oídos fue deshilachándose. Empecé a recobrar el dominio de mí mismo. De un modo confuso, aunque certeramente perfilado, alcancé a captar la peliagudez tremenda de aquel asunto en que acabábamos de vernos envueltos.

Media hora antes, yo estaba en la oficina, irritado con Betty por su enconado silencio. Ahora, merced a la impulsiva y estúpida forma de actuar, había caído en poder del hombre a quien buscaba la policía de todo el país.

Y lo que era peor: Betty se encontraba en un apuro por mi causa. Quizá ella habría llegado a disuadirle de continuar por el sendero de la violencia. No lo sé. Yo trunqué la labor benefactora.

Mi prometida, en efecto, evitaba que cayese en redondo. Las paredes y muebles de su coquetón saloncito danzaban ante mis ojos turbios. Albert metió en un bolsillo el revólver al ver que me derrumbaba literalmente encima del sofá.

Jadeé. El dolor iba apagándose. La mano suave y fría de Betty me acariciaba los cabellos.

—Bruto... Eso es lo que eres, Albert... —gimió desfallecida—. Qué importa otra muerte sobre tu conciencia, ¿verdad?.. Prometiste que no volverías a atentar contra nadie... Íbamos a solucionar...

—¡Basta!

—Razona, Albert... Yo sé que aún puedes aspirar a la salvación...

—¡Cállate! —atajó él—. Estás abusando de mi paciencia... ¡Palabras! ¡Vacías y necias palabras! Eso es todo lo que he escuchado desde que regresé *de allá*. ¡No sabéis decir otra cosa! ¿Crees que es tan fácil? No; nadie puede borrar las huellas de mi cuerpo y de mi mente. ¡Ni siquiera tú, Betty!

—Albert...

—¡Calla he dicho! —exigió, descargando un puñetazo en el fumador, que rebotó y dio vueltas por el suelo—. He estado a punto de dejarme convencer... Sí... ¡Querías engatusarme! Ahora veo claro que no es a mí, sino a ese despreciable traidor, a quien amas. ¡Le amas, Betty! Tal vez siempre le quisiste, y eso me sugiere una cosa: ¡También tú formarás parte de la venganza!

—Mátame. No haré resistencia... ¡Anda! ¡Empieza el degüello!

—¡Aspirar a la salvación! —rezongó, paseando como un tigre enjaulado—. ¿Qué salvación? ¡No será la mía! Estoy condenado, Betty. ¡Pesa una sentencia sobre mi cuerpo y mi alma!... Tú no sabes lo que fue *aquello*... Subir y subir por el cielo, rumbo al espacio negro... Estrellas. ¡Malditas estrellas! Y calor. Un calor de horno, abrasador, desintegrante... Sylvester se volvió loco, y yo también, sentimos en la carne el fuego de mil pinchazos indescriptibles... ¿Equipos de

protección? ¡Mentiras! No hay protección para el hombre en su batalla contra la Naturaleza... ¿De qué le sirven los brazos y piernas a un náufrago del océano? ¡De nada!... Era un cometa... Una bola de fuego rojo que puso incandescentes las planchas de la nave y nos *fundió* por dentro... ¿Ves estos cabellos? Pues no son rojos. Ni siquiera del color de antes. ¡Son blancos! ¡Pelo de viejo y arrugas de viejo! ¡Todo yo soy una momia viviente...!

Entonces sentí pena y lástima. No pude evitar el sentimiento. Era un asesino despiadado, un azote de la sociedad que no debía andar suelto porque solo causaría catástrofes... Pero yo tuve lástima y comprendí que necesitaba infinita misericordia en vez de inexorable castigo.

—He matado... —añadió—. ¡Y volveré a matar!... La sangre me sacia, calma mis nervios, ahoga la locura que invade mi cerebro... Tú no lo entiendes, Betty. Ningún ser humano ha estado *allá arriba*, donde fuimos Sylvester y yo... Von Boutcher y su pandilla de genios nos utilizaron como instrumentos... Ellos pagarán la mala acción... ¡Todos caerán bajo mi cuchillo! —lanzó una carcajada atroz—. Lo llevo aquí, en una funda pegada a la carne... ¿Quieres verlo?.. No. ¡Claro que no quieres verlo! El cuchillo no te horrorizaría; pero sí mi piel rugosa... ¡mis cicatrices! ¿Quién las dejó? ¡El mismísimo diablo...!

Respiraba como un fuelle. Su charla atropellada poseía mucho de incoherente, de incompleta. Mezclaba ideas e impresiones. Yo intenté incorporarme; pero las manos ávidas de Betty me aferraron por las muñecas.

—No vayas... No hagas nada... —cuchicheó.

—¿Qué habláis? ¡Siempre conspirando contra mí! Esto es lo que llaman... *amigos*. ¡Fieras humanas y gracias! A todos vosotros os obligaría yo a pasar por la cola de un cometa... Mi madre tampoco lo comprende... Los médicos dicen que estoy loco... ¡Yo *no estoy loco*! ¡Sólo *destrozado* física y moralmente!

—Cálmate, Albert —dije.

—Calma —me miró y frunció el entrecejo—, ¡Qué fácil es dar órdenes! Calma... ¡No hay calma para mí! Por eso tengo que vengarme, que hacer justicia con todos los malvados. ¿Oíste hablar de burbujas en la sangre? Yo llevo burbujas. ¿Sabes lo que es meningitis cancerosa? Mi cabeza encierra un cáncer cerebral. Ha variado mi metabolismo desde el último análisis. Sufro alteraciones enzímicas —rió cascadamente—. El sistema respiratorio del hombre está controlado por enzimas que contienen metales. ¡Sé mucho, Betty! ¡Mucho, Frank! En aquel maldito sanatorio averigüé multitud de cosas sobre mí y sobre el ser humano. No existen demasiadas coincidencias porque yo... ¡he dejado de ser un ente humano desde que regresé! ¿Qué me obliga, pues, a creer en *esperanzas* sabiendo de antemano que

estoy irremisiblemente perdido? ¡Matar! ¡Exterminar monstruos a los que la gente venera! ¡Al menos, podré causar mucho daño antes de que la muerte llegue!

Sí. Éste era Albert Sutton, el muchacho apacible y bonachón inseparable compañero nuestro desde la infancia. Era Albert Sutton; o mejor dicho… lo que de él *quedaba*. Ni corporal ni espiritualmente se le parecía en nada.

Yo podría escribir muchas líneas sobre esta situación. Apuesto a que mi relato se haría eterno. ¡Hay tanto que decir!… El cohete fue sólo el punto de partida en aquella historia que poseía muchísima más importancia y profundidad de la que el observador superficial le concederá a simple vista. Si ahondara en las almas, si aquilatase la gran moraleja que encierra, acaso se me tildaría de cosas poco gratas para ser oídas. No voy a hacerlo.

Ahora que todos saben la verdad —y muchos adivinan el drama final— están en disposición los verdaderamente inteligentes de juzgar, analizar y sacar sus propias conclusiones. Les ofrezco todo un estudio neurológico de lo que puede ser el futuro para los pioneros del espacio. Aunque… no pretendo ser demasiado pesimista. El Hombre, en su evolución constante, inventará *algo* adecuado para proteger al hombre que se lance a navegar por las negras zonas interestelares. He ahí nuestra gran esperanza.

Confieso que no lograba ceñir mi mente a la noción del tiempo. La excitación y el anhelo perforaban todo mi ser. Albert danzaba de un lugar a otro de la habitación, volcando su airada confesión con venenoso desprecio hacia nosotros… Bien pudo haber transcurrido una hora desde mi intempestiva llegada… o tal vez más.

No sé a ciencia cierta cómo y cuándo ocurrió. Mi cabeza permanecía aún embotada, y solo los sentidos primarios permitían que captase el ardiente clima que nos envolvía con velos letales.

Entonces, atronador, sonó el timbre de la puerta. *Rrrnnnggg… Rrrnnnggg…* ¡La fuerte vibración sónica nos dejó paralizados!

Si alguno de ustedes sabe lo que es pasar de la desesperación total al más completo optimismo en la breve fracción de un segundo, comprenderá perfectamente lo que Betty y yo sentimos. ¡El timbre! No representaba mucho, pero… ¡alguien acudía al domicilio! ¿Quién? ¿Por qué? ¿Era un error?

Rrrnnggg… Rrrnnggg…

Los timbrazos lo ocupaban todo, explosivos. La estancia, el cerebro… ¡hasta el último confín del mundo! Ahora la pulsación dactilar había sido más fuerte, imperativa. Quienquiera que fuese… ¡tenía prisa por entrar!

No puedo analizar la barahúnda de ideas que restalló en mi cabeza. Aquello era tan inesperado que parecía irreal. ¡Me estremecí!

Brincando rápidamente, salté del sofá y dirigí al inmóvil Albert una mirada intensa. Estaba tenso. ¡Galvanizado! Sus ojos y los míos se cruzaron airadamente.

—Ve a abrir... —silabeé, sin mirar a Betty.

—¡No te muevas! —rugió Albert, metiendo la mano dentro de la camisa—. ¡Malditos seáis por haberme preparado esta trampa...!

Escupía ponzoña su voz. ¡Daba horror verle en el paroxismo de su perturbación! No quise escuchar a mi razón y flexioné las piernas para arrojarme sobre él. Un ramalazo de luz, arrancado de la hoja brillante del cuchillo que acababa de blandir, me hirió la vista. ¡Salté el espacio que nos separaba y tuve el tiempo justo de aprisionar su brazo levantado, presto para asestar la puñalada fatal!

—¡Abre! —grité—. Por Dios, Betty... ¡abre enseguida!

—Te rajaré el cuello... Quiero ver los borbotones de sangre... —prometió, forcejeando, Albert.

No es grato para mí describir lo que sucedió a continuación. Al fin y al cabo, Albert era mi mejor amigo. Sentía tener que descender a su terreno de brutalidad; pero estaba en juego mi vida y la de la mujer que amo con toda el alma. ¡No quedaba alternativa!

Tiré del brazo armado, violentamente, hasta conseguir darle la vuelta y colocarlo pegado a mi hombro. Lo sacudí hacia abajo... ¡pero la mano del loco era una garra férrea! No soltó la empuñadura.

Betty acababa de pasar, rauda, en dirección al pasillo. Balanceé el cuerpo y encorvé el torso. Una flexión poderosa. Albert se desplomó a mis pies, después de describir un volantín por arriba de la espalda.

De rodillas, sin soltar el arma, me aplicó un cabezazo bestial en el bajo vientre. Me doblé. Una silla fue derribada y la lámpara de cristal que sostenía el mueble-bar se estrelló contra el suelo. Una zancadilla bien aplicada acabó tumbándome de bruces. ¡Era un manojo de nervios movidos por la fuerza de diez titanes!

—¡Quieto, Sutton! —ordenó una voz seca y latigante.

El hombre que irrumpió en el saloncito vestía de oscuro, tocaba su cabeza con un sombrero negro y en la mano derecha, apuntando al demente... ¡empuñaba un revólver chato!

—¡Queda detenido en nombre de la Ley! —añadió—. ¡Entréguese!

Ssss... El escalofriante siseo del cuchillo al hendir el aire coincidió con mi torpe incorporación. El policía —un agente federal que desde veinticuatro horas antes me vigilaba celosamente a instancias de Trevor Taxon— hizo fuego sin dilación. Debía tener órdenes concretas respecto al peligroso reclamado.

El mango del puñal, temblando, quedó clavado en el costado derecho del hombre. Pero, al mismo tiempo, Albert giró sobre sus talones y fue enviado hacia atrás por el empuje de la bala que acababa de alojarse en su hombro.

Su energía, su locura o su desesperación tuvieron la culpa del frenético arrebato que lo poseyó. Lanzando alaridos, echó a correr en dirección al dormitorio de Betty. El agente, muy pálido, se apoyaba en el respaldo de una silla para no caer. Momentáneamente, horripilado por la mancha de sangre que se extendía en su camisa, me olvidé de Albert y quise acudir en ayuda del herido.

—¡Sí… sígale! —jadeó—. Tome mi revólver… ¡Trata de alcanzar la *fire-scape*[9].

—Pero usted…

—No pasa nada… ¡Corra! ¡La escalera permitiría que huyese por el callejón trasero!

—¡Es cierto! —corroboró Betty, con la hermosa faz blanca como el papel—. ¡En mi cuarto!

Corrí, tropezando con las cortinas del saloncito, en dirección a la alcoba de mi prometida. En la diestra apretaba un *Colt* calibre 38, tipo de cañón romo. ¡Bien sabe Dios que no era mi intención usarlo! Lo tomé mecánicamente, completando el movimiento del agente al tenderlo. Esperaba que sirviese para conminar al fugitivo.

Desemboqué en la habitación atropelladamente. Albert tenía una pierna fuera de la ventana y, al descubrirme, sacó la otra y se escurrió rápido. ¡Creí que había caído al vacío! Pero no.

Se asía con una mano sarmentosa y huesuda al pasamanos de la escalera de emergencia. Ya saben ustedes a lo que me refiero. A sus pies, seis pisos por debajo, se veía la calleja posterior del *lodging* donde residía Betty. ¡Trataba de hallar la salvación en el lejano asfalto!

—¡Alto! —grité, asomando la cabeza—. ¡Alto o disparo!

El balazo del hombro debía dolerle bastante, a juzgar por la mueca que contraía su rostro crispado. A pesar de ello, deteniéndose al llegar al primer rellano, extrajo el *Scott* del bolsillo y levantó el brazo torpe hacia mí. Gracias al encogimiento que causaba la herida no logró apuntar debidamente.

¡Bang! Disparó sin contemplaciones. El proyectil salió alto y escaló la distancia que nos separaba de la azotea.

Más dispuesto a intimidarle que a causarle verdadero daño, salté al alféizar y emprendí el descenso por la escala. Albert maldijo a toda mi casta y se lanzó por el tramo siguiente.

La prisa febril que le enloquecía contribuía a acelerar increíblemente sus movimientos. Parecía que hubiese dedicado toda la vida a descender escaleras de incendios. ¡Qué agilidad y rapidez!

De nuevo volvió a disparar, desde la altura del tercer rellano contando desde la calle. Yo no repliqué a su fuego. Sentía congoja. Pesar. La indescriptible tragedia de la que era inesperado personaje me producía vértigos. He ahí un hombre acosado y demente. Una

víctima insalvable del cielo que impera más allá de la Exosfera. Jamás habría podido utilizar contra él las balas del *Colt* chato.

El ruido de los tiros promovió un gran escándalo. Algunos inquilinos habíanse asomado a las ventanas. También Betty y el agente Johnson —después supe su nombre— contemplaban la persecución. Una mujer chilló, atemorizada. Oí una voz perentoria que gritaba:

—¡Deténganle! ¡Es un criminal!

Me lastimó el calificativo en boca de ajenos a la verdad. Aquella verdad que empezó en la Base Wendower.

Entonces fue cuando Albert se revolvió. Miraba a izquierda y derecha. Arriba. Abajo. Enloquecido y babeantes de espuma los labios pálidos. ¡Él era el centro de la morbosa expectación!

Oprimió el gatillo y la bala desconchó la repisa del cuarto piso. Después, igual que perseguido por una legión de trasgos maléficos, reemprendió la insensata huida. La barandilla se estremeció al poco. Un temblor fuerte y seco.

Creo que debió tropezar. Fue su propio frenesí. Yo no podía distinguirlo bien y, desde lo alto, Betty tampoco se dio cuenta. Acaso fue un tropezón… acaso fue la debilidad producida por la pérdida de sangre.

La mujer de la ventana profirió un alarido y se cubrió los ojos con las manos. Me incliné en el vacío, asaeteado por uno de esos presentimientos espantosos que carecen de explicación. Albert, encogido sobre sí mismo, perdió pie… ¡y resbaló escaleras abajo! Una pelota de carne humana… ¡saltando hacia el abismo!

Su golpeteante cabeza rebotaba de peldaño en peldaño. Soltó el *Scott*. Cayó de espaldas, empinó las piernas y dio un giro completo sobre sí mismo. Luego…

Algo se congeló en mi pecho cuando le vi aflorar por el rellano del segundo piso. El brazo inútil lo mantenía pegado al cuerpo. Gritó. Un aullido feroz, infrahumano. Después, a plomo, se precipitó sobre la acera igual que un pelele rígido… ¡y el golpetazo que resonó tras el rudo impacto, todavía lo llevo clavado en la mente!

Desde mi altura, cerrando con fuerza los dedos en torno al pasamanos, contemplé la rota figura que yacía en el arroyo. Un charco de sangre íbase extendiendo por debajo de la destrozada cabeza. Un policía uniformado, tal vez atraído por el alboroto, acudió corriendo. Medio minuto después, un corrillo de varias personas rodeaba al hombre a quien aún considero mi amigo pese a su intento de asesinato.

Yo seguí clavado en el sitio, petrificado por la impresión. Al fin, trabajosamente, levanté la cabeza y elevé la mirada hasta el sexto piso. Betty continuaba allí, inclinada sobre el alféizar.

Renuncio a describir la escena. Es lo más terrible que recuerdo de mi vida. No podíamos oírnos. Para ello, habría sido necesario gritar con toda la fuerza de los pulmones. Pero yo musité con voz sofocada:

—Ha terminado, nena. Se acabó la pesadilla.

—No te aflijas —escuché, pronunciado por una voz dulce que parecía brotar del fondo de mi corazón—. Era inevitable, Frank. Al fin y al cabo, cuando el cohete volvió a la Tierra, en él... regresaron dos muertos.

Y así termina la historia que me propuse contarles. Lo demás, creo que podrán adivinarlo. Betty Gunn es ahora la señora Miller. No me pregunten más, por favor.

Pero sepan una cosa: Betty y yo acostumbramos a depositar flores en la tumba que Albert ocupa en el cementerio de Springfield. Ninguno de los dos le hemos retirado el cariño de antes... y de siempre. No hagan caso de lo que digan los malintencionados. Soy sincero... y jamás me ha pesado decir la verdad.

FIN

COLECCION LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

68.—Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69.—Llegó de lejos, *George H. White*
70.—Cuando el monstruo ríe, *Alf. Regaldie.*
71.—Heredó un mundo, *George H. White*
72.—Desterrados en Venus, *George H. White.*
73.—La legión del Espacio, *George H. White.*
74.—Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice*
75.—La Ciudad Submarina, *Red Arthur*
76.—Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling*
77.—El mundo sumergido, *Profesor Hasley*
78.—Base Sakchent num. 1, *Profesor Hasley*
79.—Sosias infernales, *Karel Sterling.*
80.—Gan-X, *C. Aubrey Rice*
81.—«Ellos» están aquí, *George H. White.*
82.—El enigma de C. O. E., *Profesor Hasley.*
83.—La gran amenaza, *Profesor Hasley.*
84.—Los mares vivientes de Venus, *Karel Sterling*
85.—¡Piedad para la Tierra!, *George H. White*
86.—Despertar en la tierra, *Larry Winters.*
87.—El mundo perdido, *Larry Winters*
88.—La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley*
89.—El hombre de ayer, *Profesor Hasley*
90.—Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling.*
91.—La muerte flota en el vacío, *C. Aubrey Rice*
92.—Cuarta dimensión, *Profesor Hasley.*
93.—¡¡Luz sólida!!, *George H. White.*
94.—Hombres de Titanio, *George H. White*
95.—¡Ha muerto el sol!, *George H. White.*
96.—Exiliados de la Tierra, *George H. White.*
97.—El imperio milenario, *George H. White.*
98.—Topo-K, *Profesor Hasley*
99.—El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley.*
100.—Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice.*
101.—La amenaza tenebrosa, *J. Negri O'hara.*
102.—El gran fin, *J. Negri O'hara.*
103.—Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.*
104.—El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasley*
105.—Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice*
106.—Acción inaudita, *C. Aubrey Rice.*
107.—El horror invisible, *Karel Sterling.*
108.—Mas allá de Plutón, *Profesor Hasley.*
109.—La revancha de Zamok, *Profesor Hasley.*
110.—Situación desesperada, *C. Aubrey Rice*
111.—El experimento del Dr. Kellman, *J. Negri O'hara.*

112.—Los habitantes del astro sintético. *Eduardo Teixeira.*
113.—Los muertos atacan. *Profesor Hasley.*
114.—La última batalla. *Prof. Hasley.*
115.—1958: Objetivo Luna. *Karel Sterling.*
116.—La amenaza de Andrómeda. *Robin Carol.*
117.—El silencio de Helión. *Robin Carol.*
118.—Ventana al infinito. *J. Negri O'hara.*
119.—El Planeta errante. *Karel Sterling.*
120.—Regreso a la patria. *George H. White.*
121.—Lucha a muerte. *George H. White.*
122.—«Cautivos del Espacio». *Joe Bennett.*
123.—Vacío siniestro. *Joe Bennett.*
124.—Detrás del Universo. *Karel Sterling.*
125.—¡Karima!. *Prof. Hasley.*
126.—El bosque petrificado. *Prof. Hasley.*
127.—Energía «Z». *Prof. Hasley.*
128.—Fantasmas siderales. *Karel Sterling.*
129.—El túnel trasatlántico. *Prof. Hasley.*
130.—El mundo subterráneo. *Prof. Hasley.*
131.—Entre Marte y Júpiter. *Joe Bennet.*
132.—Separación Asteroidal. *Joe Bennet.*
133.—Náufragos del Universo. *Joe Bennet.*
134.—La isla de otro mundo. *Eduardo Texeira.*
135.—El tiempo desintegrado. *Karel Sterling.*
136.—El conquistador del mundo. *Prof. Hasley.*
137.—El ejército sin alma. *Prof. Hasley.*
138.—Mensajes de muerte. *Karel Sterling.*
139.—Motín robótico. *Joe Bennett.*
140.—Cita en la Luna. *Van S. Smith.*
141.—Misterio en la Antártida. *Larry Winters.*
142.—Cosmoville. *Joe Bennett.*
143.—Ataúdes blancos de Oberón. *Karel Sterling.*
144.—Nosotros los marcianos. *Karel Sterling.*
145.—El doble fatal. *Joe Bennet.*
146.—La ruta perdida. *Karel Sterling.*
147.—Embajador en Venus. *Van S. Smith.*
148.—El astro prohibido. *Joe Bennett.*
149.—Niebla alucinante. *C. Aubrey Rice.*
150.—La hierba del cielo. *Joe Bennett.*
151.—¡Nos han robado la Luna!. *Joe Bennett.*
152.—Rutas ignoradas. *J. Negri O'Hara.*
153.—Un cadáver en el aerolito. *Henry Keystone.*
154.—La Diosa de Venusio. *Joe Bennett.*
155.—Condenados a morir. *Joe Bennett.*
156.—La barrera de las sombras. *A. S. Jacob.*
157.—Las huellas conducen... al infierno. *Van S. Smith.*
158.—El Planeta de nadie. *Henry Keystone.*
159.—Regresaron dos muertos. *Joe Bennett.*

En las ignoradas regiones del espacio, un mundo se halla habitado por seres amenazados de exterminio:

EL MUNDO DE LOS SERES CONDENADOS

La novela que aun después de leída le obsesionará como una terrible pesadilla.

¡Seres que conocen su fin y luchan por evitarlo!

¡Persecuciones espaciales!

¡Hombres heroicos que exponen sus vidas en aras del amor y la amistad!

Todo ello, en el ameno, dinámico y limpio estilo literario, que le hará conocer

EL MUNDO DE LOS SERES CONDENADOS

la más reciente creación del novelista

J. NEGRI O'HARA

que aparecerá próximamente en la Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. Precio: **6** pesetas

Maquetado a partir de un Doc de *efegen* en ExVagos
Retoques con Word
Convertido a FB2 con QualityEbook
Retoques de estilo con XML Copy Editor

Se recomienda utilizar CoolReader para su lectura

notes

Notas a pie de página

[1] Junta de Energía Nuclear.

[2] Sobre este famoso Campo Experimental, se ha escrito una detallada novela bajo el título de LA HIERBA DEL CIELO, núm. 150 de la colección.

[3] Donde está enclavada la gigantesca Estatua de la Libertad neoyorquina.

[4] Small: pequeño.

[5] El mayor Estado norteamericano.

[6]Falta la cita en el ejemplar escaneado

[7] Abreviatura de “Government issue”, soldado. Es slogan típicamente norteamericano.

[8] Nombre del avión con el que Charles Lindberg realizó la famosa travesía del Atlántico.

[9] Salida para caso de incendio